

louis g. milk

LA MÁQUINA DE VIAJAR

LOUIS G. MILK

LA MAQUINA
DE VIAJAR

Ediciones TORAY

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Arnau de Oms, 51-53
Barcelona

Depósito Legal: B. 28.684 -1968
Printed in Spain – Impreso en España

Impreso en GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

La estancia más que grande era enorme.

A primera vista, parecía la sala de un observatorio astronómico. En realidad, la sala y todo cuanto había allí, bajo la gran cúpula de aberturas practicables, estaba relacionado con las estrellas.

Había numerosos aparatos. Uno de ellos, el mayor de todos, tenía todo el aspecto de un brazo de grúa, de más de veinte metros de longitud, situado sobre un soporte giratorio, sobre el cual se apoyaba a unos cinco o seis metros del final.

Aquel singular brazo de grúa tenía adosados otros artefactos, entre ellos unas grandes rejillas de tela metálica, con hilos de grosor no superior a la décima de milímetro y de una trama muy espesa, tanto que había cincuenta hilos por centímetro cuadrado. Había cinco rejillas, todas ellas situadas paralelamente entre sí y perpendicularmente a la gran viga de entramado.

Las dimensiones de las rejillas, en apariencia, eran iguales, pero había cierta diferencia. La primera, la situada más cerca del suelo, medía seis metros por diez centímetros menos por lado, y así sucesivamente, cuatro. El tamaño de la siguiente era un poco menor,

Había muchos más artefactos, que para un no iniciado constituían una visión de pesadilla. El brazo de la grúa tenía acoplado además un gran tubo que parecía el de un telescopio y de la base salían unos cuantos gruesos cables que iban a parar a una mesa de mando situada a poca distancia.

Había también; en un rincón de la vasta estancia, una especie de cubículo de paredes transparentes, semejante en un principio a una cabina telefónica, pero algo más alto y del doble de anchura.

Sobre el techo de aquella cabina había una especie de espejo reflector curvo, enfocado directamente al tubo que parecía un telescopio y situado en el brazo de la grúa. Aunque el cierre era hermético, la cabina disponía de una puerta.

Aquel singular observatorio estaba situado en un edificio aislado, pero dentro de una propiedad que pertenecía al profesor Mars Oghrin. La vivienda se hallaba a cincuenta o sesenta metros de distancia y, para llegar al observatorio cuando hacía mal tiempo, había un camino cubierto por un sencillo tejado de planchas ondulada, sostenido por una doble hilera de postes.

Dentro de la casa había dos mujeres. Una de ellas era la señora Oliver, ama de llaves del profesor y quien se cuidaba de las faenas

domésticas propiamente dichas, incluida la cocina.

La otra era una agraciada joven de unos veintiséis años, llamada Pat Banes. Era ayudante del profesor y, en aquel momento, se hallaba pasando a limpio unos apuntes.

El profesor estaba fuera. Había ido a una conferencia, de la cual era protagonista principal.

* * *

— El principio de mi teleportador se basa en la emisión de energía eléctrica por todo ser viviente, sea animal o vegetal. Ciertamente, hay casos en que esa energía es difícilmente detectable, dada su debilísima intensidad, pero no es menos cierto que, existiendo La misión, puede llegar un momento en que se alcance a detectarla.

»Basado en este principio, he construido mi aparato, cuyas pruebas finales están a punto de realizarse. He hecho algunas, pero sólo de un modo teórico, pruebas más bien empíricas. Sin embargo, tengo todo a punto para realizar las pruebas definitivas, las que corroborarán mis teorías. Sencillamente, es posible traer a la Tierra, desde otro planeta, sea éste cual sea y no importa su situación en el aspecto, seres vivientes, vegetales o animales.

»En una estación de radio se emiten ondas que, convenientemente amplificadas, son lanzadas al espacio y captadas por los receptores. Lo mismo pasa con las emisiones de televisión. Ahora bien, todo ser viviente emite ondas eléctricas. De mayor o menor potencia, pero las emite.

»Captando esta emisión y hallando exactamente su longitud de onda y su intensidad eléctrica, se pueden amplificar hasta límites insospechados. Naturalmente, llega un momento en que dicha emisión alcanza su punto justo. Entonces ese ser viviente es captado, detectado y atraído a la Tierra.

La estupefacción entre la concurrencia era enorme.

El profesor Oghrin tenía fama de ser uno de los mejores físicos y matemáticos del planeta. Relativamente joven aún, había alcanzado importantes distinciones, conferidas por numerosos países del mundo.

Lo que nadie había esperado, sin embargo, era que Oghrin hiciera una declaración semejante.

Las invitaciones para el acto mencionaban una conferencia sobre temas físico-matemáticos. Para los especialistas, oír una conferencia del profesor Oghrin era poco menos que un regalo de los dioses.

La cortesía, sin embargo, imperó entre los asistentes al acto. Naturalmente, sólo mientras Oghrin estuvo presente.

El final de la conferencia fue acogido con unos corteses aplausos, algunas tibias frases de felicitación, unos cuantos relámpagos de los fotógrafos y nada más.

El presentador de Oghrin había sido el rector de una de las más importantes universidades del país. Se quedó muy corrido, prometiéndose no presentar a otro conferenciante, sin conocer previamente el texto del discurso.

Una vez que se hubo ausentado Oghrin, se iniciaron los inevitables comentarios. El menos ofensivo hablaba de la cantidad de locos «que andan sueltos por ahí».

—Sí —dijo uno—, y hay que incluir entre los locos a quienes le dieron el Nobel de Física.

—¡Traer seres vivientes de otro mundo! —rió alguien—. Eso lo hacía un prestidigitador que vi el otro día en el circo. ¡Había que ver la marciana que se trajo! ¡Estaba como para comérsela!

—Al profesor Oghrin se le ha olvidado contar con el Departamento de Inmigración.

—¿Habrá que fumigar los vegetales que traiga, por si padecen alguna enfermedad?

—¿Exigirán pasaporte a los humanos que teleporte?

—Se organizarán comités de recepción, claro; con pancartas, bandas de música, autoridades y entrega de llaves de la ciudad.

—¿No vendrán a hacernos propaganda de refrescos venusinos?

—¿Y si nos trae un batallón de marcianos armados con pistolas desintegradoras?

—Olvidé traerme unas cuerdas —dijo uno.

—¿Para qué necesitas unas cuerdas en una conferencia científica? —le preguntó un amigo suyo.

—Y una moneda —dijo el primero—. Así la tiraré al aire. Si pierdo, es que el loco soy yo; entonces pediré que me aten. Pero, si gano, ataré al profesor. ¡Señor, qué sarta de majaderías!

—Una colosal tomadura de pelo —decía otro en las inmediaciones—. Su elevada categoría científica no le da derecho a burlarse de nosotros.

Y así, de parecido calibre, eran los comentarios que había provocado la conferencia del profesor Oghrin.

Algunos, sin embargo, se lo habían tomado en serio.

Siempre hay gente crédula, capaz de aceptar como articuló de fe las cosas más disparatadas. Kyr Dungerth no era de esta clase de gente, pero, en lugar de formular, como los demás, mordaces comentarios, se dijo para sus adentros:

—Y ¿por qué no va a ser posible? ¿Por qué no se puede «atraer»

a la Tierra a un ser viviente de otro planeta, ya sea animal, ya sea vegetal?

Kyr Dungerth se dijo que debía hacer una visita al profesor Oghrin, a fin de adquirir más detalles y contemplar sobre el terreno su maravillosa máquina, pero en aquel momento recibió una llamada urgente y hubo de desistir de sus propósitos.

* * *

El profesor Oghrin llegó a su casa bastante desanimado.

Pat, su ayudante, se lo notó en seguida.

—No le han creído, ¿verdad? —dijo, mientras le ayudaba a despojarse del abrigo.

—Hablando claramente, no —contestó Oghrin, dejándose caer sobre un diván próximo.

—Usted es un precursor —dijo la muchacha—. ¿Qué precursor, en la historia de la ciencia, ha sido creído jamás? Podría citarle una serie de casos...

—Me los sé de memoria, Pat —atajó el profesor—. Pero esos casos ocurrieron en épocas en que la mente humana estaba mucho más cerrada, cuando no se conocían tantos adelantos científicos como hoy, en que los viajes interplanetarios son algo común y corriente. Que se mostrase escéptico un científico de finales del siglo diecinueve me parece muy bien, pero hoy...

Pat entregó al profesor una copita de vino dulce.

—Tómese esto —le dijo, con encantadora sonrisa—. Le hará sentirse un poco mejor. Y hablemos claro. ¿Acaso esperaba convencerles a la primera de cambió?

—Hombre, yo...

—Usted es persona lo suficientemente cultivada para saber que, en un caso como el suyo, no se puede vencer en el primer intento. Debe seguir luchando hasta el final, hasta que todos abran la boca de par en par y digan: «¡Aaaah...! Pues tenía razón ese...»

— Dilo de una vez —sonrió el profesor—. Chiflado, eso es lo que piensan de mí.

—Déjelos que piensen lo que quieran. Usted siga adelante con su descubrimiento. Lo único que se le puede censurar es haber adelantado su publicidad.

—Pero es que ya está terminado —adujo Oghrin—. Pensaba invitar a unas cuantas personalidades para que presenciaran alguna prueba...

—Y se ha desanimado al ver su actitud, ¿verdad? Bueno, en ese caso, ¿por qué no hace una prueba privada? Para usted y para mí, por supuesto.

Los ojos del profesor brillaron.

—¿Tú crees, muchacha?

—¡Pues claro que sí! ¿Cuánto le costaría poner el aparato en marcha?

—Unos veinte minutos, como máximo, mientras los circuitos principales adquieren la temperatura precisa.

—Entonces vaya al observatorio y empiece a preparar todo. Yo acudiré dentro de un cuarto de hora —aseguró Pat firmemente.

CAPÍTULO II

Kyr Dungerth era oficial de policía, adscrito al Departamento Científico. Entre otros títulos poseía el de ingeniero físico, pero una vez graduado se había sentido tentado por una vida menos sedentaria y, hasta cierto punto, más aventurera.

Por dicha razón, había ingresado en la policía. Su nuevo oficio le gustaba, aunque lo de nuevo no esté bien aplicado, ya que llevaba cinco años en la profesión.

Apenas terminada la conferencia, recibió una llamada de su jefe por el transmisor de pulsera. Aunque no era misión específica de Dungerth, dada su proximidad al lugar donde debía realizarla, su jefe le encomendó que se trajera a la Jefatura a un individuo acusado de espionaje industrial.

Dungerth tomó nota de la dirección y datos personales del sujeto, después de lo cual montó en su monorrueda y se encaminó a su destino. Minutos después, se apeaba del vehículo.

El tipo se llamaba Lex Howard. Su jefe le había recomendado que tuviera mucho cuidado con él.

Howard era, además de un individuo sumamente inteligente, peligroso y despiadado. Se le conocían un par de asesinatos, aunque no existía la menor prueba en contra suya. Si se veía acorralado, podía darle un disgusto.

Dungerth no titubeó. Tenía treinta y tres años, era fuerte y hacía gimnasia a diario. No llevaba armas encima, aunque sí algunos aparatitos que pensó podrían serle útiles en toda circunstancia.

El edificio era un bloque de viviendas de aspecto corriente. Dungerth entró en la casa y subió en el ascensor hasta el piso inmediatamente superior al ocupado por Howard.

Una vez fuera del ascensor, caminó por el pasillo hasta llegar a su final. Había allí una gran ventana, que abrió, inclinándose hacia abajo.

El piso de Howard estaba situado casi inmediatamente debajo de donde se hallaba él. Dungerth sacó una delgada cuerda de debajo de la camisa y la ató en un lugar conveniente. Luego, sin la menor vacilación, salió fuera y se descolgó hasta que sus pies quedaron a nivel de la ventana del corredor paralelo inferior.

Entonces, con hábiles movimientos, inició uno de oscilación en sentido lateral, hasta que alcanzó la ventana de su derecha, que correspondía al piso del espía. Estiró una mano, se agarró al alféizar

y luego soltó la cuerda.

El antepecho le permitió sujetarse unos instantes. Flexionó los brazos y se coló en la habitación.

Caminó con pasos silenciosos hasta la puerta del otro lado y la abrió poco a poco. Tal como había supuesto, Howard estaba inclinado sobre una mesa, estudiando unas fotografías de unos planos. A su derecha, tenía una diminuta cámara fotográfica, no mayor que una caja de cerillas.

Dungerth terminó de abrir la puerta. Entonces Howard pareció presentir su presencia y se volvió.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, de maligna expresión. Sus ojos le miraron con furia.

El razonamiento que se hizo Howard fue muy simple: aquel hombre no había entrado por la puerta, luego era un enemigo.

Howard reaccionó con una rapidez increíble. Sacó una pistola, apuntó y disparó, todo ello en fracciones de segundo.

Dungerth ya había contado con una reacción semejante y estaba preparado para ello. El disparo se estrelló contra el escudo de energía que había situado delante de su pecho.

Howard se quedó atónito un instante. Dungerth saltó hacia él y le golpeó en la mandíbula.

Howard saltó por encima de la mesa, resbaló, pasó al otro lado y cayó con los pies hacia arriba. Era, sin embargo, un sujeto de rapidísimas reacciones y se puso en pie de un salto.

Agarró una silla y se la tiró al intruso. Dungerth se agachó y el proyectil le pasó inofensivamente por encima.

Howard maldijo entre dientes. En vista de que los métodos usados habían fracasado, recurrió al más primitivo: una navaja, que apareció en su mano como por arte de magia.

Saltó hacia adelante, tirándose a fondo, como si empuñase una espada. Dungerth aguantó a pie firme en el último instante.

Entonces hizo un quiebro con el cuerpo. La navaja pasó rozando su cinturón. Howard siguió adelante.

Su torso estaba muy inclinado. A Dungerth le bastó bajar la mano derecha para golpear con el filo la nuca del espía.

Howard cayó fulminado. Dungerth sacó unas esposas electromagnéticas y se las colocó en torno a las muñecas.

Luego se inclinó sobre la mesa y examinó las fotografías.
Un largo silbido se escapó de sus labios.

—Buen golpe —murmuró para sí.

Howard empezó a rebullir. Dungerth lo advirtió y se incorporó.

El espía le miró de muy mal talante.

—Suélteme —pidió.

—No puedo, lo siento.

Howard se sentó en el suelo. Sacudió un par de veces la cabeza, como para aclarar las brumas que aún cubrían su mente, y dijo:

—Tengo dinero. ¿Cuánto?

—¿Está sobornándome?

—No me gustan los rodeos. Sí —confirmó Howard.

—Pierde el tiempo, amiguito —sonrió Dungerth.

—Escuche, esas fotografías me van a valer montones de dinero. Podemos compartirlo...

Dungerth encendió un cigarrillo.

—Usted consiguió esas fotografías, pero no pensaba entregarlas al que le hizo el encargo de reproducir los planos. Por lo que he podido apreciar, hay más de uno interesado en esos planos.

»A usted poco le importa quien se los lleve, con tal de que le paguen. Ahora pensaba hacer una especie de subasta y vender las fotografías al mejor postor. Incluso puede que hiciera una oferta a la casa constructora, a la que, lógicamente, no le interesa que se divulguen esos aparatos, ¿no es cierto?

Howard apretó los labios y calló.

Dungerth se echó a reír.

— Lo he acertado —dijo—. Bien, amiguito, su carrera de espía industrial se ha acabado en este punto. Nos ha costado mucho, pero lo conseguimos. Póngase en pie.

Howard obedeció. De pronto, ciego de ira, agachó la cabeza y se arrojó contra el joven.

Dungerth lo recibió a pie firme. Detuvo el impacto y lo repelió con un doble impulso de ambos brazos, hacia adelante y hacia arriba. Howard dio una voltereta en el aire y cayó al suelo con tremendo golpazo. Quedó inmóvil, con todos los sentidos, pero incapaz de moverse.

Tranquilamente, Dungerth empezó a recoger las pruebas que iban a servir para condenar al espía. Howard le dejó hacer, resignándose a su triste suerte.

* * *

El aparato emitió un último zumbido y todo quedó en silencio.

Los ojos del profesor Oghrin y de Pat Banes se volvieron hacia la cabina transparente.

—Nada —dijo el sabio con acento desanimado.

—Nada —repitió la joven desmayadamente.

La cabina aparecía completamente vacía.

—Me pregunto por qué no ha dado resultado la prueba —dijo

Oghrin al cabo de unos momentos.

—Es posible que haya ocurrido una cosa —habló Pat.

Oghrin la miró interesadamente.

—Diga, Pat. ¿Qué ha sucedido?

—Usted ha hecho una «llamada». Pero, en el mejor de los casos, el ser orgánico se ha desplazado a trescientos mil kilómetros por segundo, que es la velocidad de la luz.

—Sí, claro.

—Ahora bien, ¿qué pasa si esa «llamada» se ha recibido en un planeta distanciado de nosotros por varios años luz?

—Teóricamente, el ser tardaría todos esos años en llegar hasta la Tierra. Sin embargo, olvidas una cosa, querida.

—¿A qué se refiere, profesor?

—Mi aparato tiene montado un dispositivo acelerador de ondas. Por tanto, si la «llamada» ha sido recogida por un ser viviente, animal o vegetal, su desplazamiento se ha debido realizar de forma casi instantánea.

—Pero la cabina está vacía —arguyó Pat.

—Bueno, quizás el ser está viajando hacia nosotros. Los efectos del aparato persisten todavía. Pueden durar varios días. Si el ser llega cuando nosotros no estemos, se quedará en la cabina hasta que volvamos al observatorio.

—Suponiendo que llegue, profesor.

—Llegará —afirmó Oghrin, plenamente convencido de lo que decía.

—¡Ojalá! —suspiró Pat—. ¿Ha realizado los cálculos correctamente?

—Tú misma los has revisado. Las cantidades de materia son las correspondientes a un ser humano de tipo medio.

Pat se acercó a la mesa de mando. En uno de sus lados había una especie de máquina de escribir, cuyo rodillo sujetaba una gran hoja de papel, llena de signos gráficos y de cifras.

—Sí, parecen correctos, pero…

Un zumbido la interrumpió de repente.

—Llaman de la casa —dijo el profesor.

—Yo atenderé la llamada —se ofreció la muchacha.

Pat se acercó al teléfono, situado en una mesita aparte. Levantó el aparato, escuchó un momento y luego contestó:

—Ahora mismo se lo diré al profesor. Espere un momento, Polly.

—¿Qué pasa? —preguntó Oghrin.

Pat tapó el aparato con una mano.

—Es el ama de llaves, profesor —contestó—. Tiene usted una

visita.

—¿Quién es?

—Un tal Q. Yorren.

—¿Yorren? —repitió Oghrin—. No lo he oído nombrar en mi vida. ¿Le conoces tú?

—No, tampoco sé quién es.

Oghrin se resignó.

—Será algún periodista que no ha querido mencionar su profesión, temeroso de una negativa. Está bien, dile a Polly que ahora mismo voy para allí.

—Bien, profesor. —Pat dio la respuesta y luego colgó el aparato—. Revisaré de nuevo los cálculos, mientras usted atiende a Yorren.

—Como quieras, muchacha.

Oghrin abandonó el observatorio. Pat se sentó frente a la mesa y, tras unos segundos de vacilación, empezó a teclear en la máquina.

La cabina de vidrio no estaba vacía, sin embargo, como habían creído.

Se habría necesitado una potente lupa para ver aquella extraña cosa de color rojizo que parecía una mano, de un tamaño inferior a un milímetro. Estaba en el suelo, junto a un rincón, y sólo con un cristal de aumento se hubiesen podido apreciar los leves estremecimientos que agitaban su estructura.

CAPÍTULO III

El profesor Oghrin encontró que su visitante era un individuo pequeñito, de tez cetrina y ojos muy negros, cuyo labio superior estaba adornado por un bigote que más parecía un trazo de lápiz.

Oghrin apreció que había sobre una butaca una gran cartera de mano, sumamente abultada. Al verle entrar en la sala, el individuo que decía llamarse Q. Yerren se puso en pie, juntó los tacones e inclinó la cabeza.

—¿Tengo el honor de hallarme en presencia de profesor Oghrin? —preguntó relamidamente.

—En efecto —contestó el sabio—. Pero siéntese, por favor, señor…

— Q. Yorren, profesor —sonrió el visitante—. Muchas gracias por haber accedido a recibirme.

—Me sobraba un poco de tiempo —dijo Oghrin con cierta displicencia—. ¿En qué puedo servirle, señor Yorren?

—Verá, profesor. Soy el representante del gobierno de… —Yorren se calló de pronto, a la vez que emitía una sonrisa maliciosa —. Bien, en realidad no sé si debo pronunciar el nombre de mi país y mucho menos el de la persona que me ha enviado a visitarle a usted.

—Puede hablar con la tranquilidad de que cuanto diga no será repetido fuera de aquí, señor Yorren —aseguró Oghrin—. Hable, se lo ruego.

—Muy bien, profesor; le agradezco esa muestra de confianza. —Yorren citó un nombre, que hizo levantar las cejas al profesor, y luego continuó—: Mi gobierno desea comprar su aparato y, además, contratar sus servicios. Por supuesto, estaría entre nosotros el tiempo necesario para instruir a científicos de nuestro país; luego podría regresar aquí y continuar libremente sus experimentos. El tiempo máximo sería de un año, supongo.

—Y ¿para qué quieren ustedes mi aparato? —preguntó Oghrin.

Yorren sonrió ladinamente.

—Temo, profesor, que pese a la confianza que me otorga, no me sea posible revelar por completo los propósitos de mi gobierno. Todo cuanto he dicho es lo máximo que estoy autorizado a hablar. Pero espere un momento, por favor.

Yorren alargó la mano y recogió la pesada cartera.

—Aquí hay dos millones en efectivo. Son para usted, en el acto,

si acepta nuestra proposición. —Y añadió—: Al terminar el plazo de instrucción de nuestros científicos recibirá una suma semejante. Como he dicho, el plazo máximo es de un año, pero si usted lo acortase aunque fuese a la mitad, no por ello se rebajarían sus… honorarios.

Oghrin contempló fijamente a su menudo visitante.

—Señor Yorren, ¿me ha tomado usted por tonto? —preguntó de sopetón.

Yorren pegó un bote en su asiento.

—¡Profesor!

—Señor Yorren —dijo Oghrin—, si usted piensa que un sabio tiene siempre la cabeza en las nubes, está muy equivocado. Mi afición por la ciencia no impide en absoluto que me interese por las demás cosas de esté mundo. Como a muchas personas, me gusta divertirme una vez terminada mi tarea cotidiana, ver los programas de televisión, asistir a una función de teatro, dar un paseo por un parque… y leer los periódicos.

Yorren tenía los labios prietos. Oghrin prosiguió:

—Como puede suponerse fácilmente, estoy al tanto de la situación internacional. Desdichadamente, hay roces y fricciones entre su país y el vecino…, no es necesario que pronuncie su nombre, usted lo sabe mejor que yo.

»Ahora bien, recurrir a la guerra para solventar esas dificultades no es un método que aprobaría la opinión pública. El país vecino es mucho más pequeño que el suyo y disfruta, ésta es la palabra exacta, de un primer ministro, digno, honrado, capaz y patriota. Ese político se opone constantemente a los planes expansionistas del país de usted, señor Yorren. El secuestro está descartado; se les vería demasiado el plumero, hablando gráficamente… y por eso han pensado en mí.

Oghrin se puso en pie.

—Le acompañaré hasta la puerta —concluyó.

Yorren se incorporó también.

—Profesor, está desperdiciando la mejor ocasión de su vida —gruñó.

—Le agradeceré se quite de mi presencia cuanto antes —respondió el sabio—. Soy un hombre mesurado y no me deseo estropear mi zapato derecho.

Yorren entendió la alusión y enrojeció.

—No me gustaría que un día tuviese que lamentar su negativa. Por última vez…

—¡Por última vez lo digo yo! —tronó Oghrin—. ¡Salga de esta

casa!

Yorren asintió. Dio media vuelta y, sosteniendo dificultosamente la cartera, abandonó la residencia.

No lejos de allí, a unos cien metros, había un monorrueda estacionado junto a la acera.

En el interior del monorrueda había un hombre, vestido con rebuscada afectación. Vio venir a Yorren y arqueó las cejas con inequívoco gesto de disgusto.

—Ha fracasado —dijo, cuando Yorren se sentó a su lado.

—Sí, señor —admitió el hombrecillo sin rodeos—. Oghrin se ha negado en redondo.

—¿Qué excusa ha dado para justificar su negativa?

—No es un sabio distraído, señor Kerslew. Lee los periódicos y está al corriente de lo que sucede entre nuestro país y el vecino.

—Y se olió la tostada.

—Exactamente.

Kerslew se reclinó en el asiento.

—¿No le sedujo la recompensa? —preguntó.

—Creo que me hubiera dicho lo mismo, aunque la oferta hubiese sido diez veces mayor. Lo siento, señor; hice lo que pude...

Los dedos de Kerslew tabalearon sobre su rodilla.

—La culpa no es suya, Yorren —dijo—. Oghrin nos ha resultado inopinadamente honrado. Ni usted ni yo podíamos prever su reacción..., pero no por ello hemos de abandonar la misión que se nos ha confiado.

—Sí, señor.

—Hay un principio básico en la estrategia que dice que cuando una posición es demasiado fuerte para un asalto frontal, entonces hay que atacarla por los flancos.

—Justamente, señor.

—Bien, fracasado el asalto frontal, vamos a ver si ensayamos un asalto de flanco.

—¿Cómo, señor? —quiso saber Yorren.

—Había pensado en un tipo antes de intentar nosotros atraernos al profesor. Creí que podríamos conseguirlo con más facilidad, pero no ha sido así. Bien, recurriremos a los servicios de ese experto... y nos ahorraremos quizás un setenta y cinco por ciento del presupuesto consignado para la misión.

—¿Quién es ese individuo? ¿Lo conoce usted, señor?

Kerslew sonrió.

—Bastante bien. Es rápido, eficiente y discreto. Ya me relacioné con él en cierta ocasión y cumplió su cometido con rapidez y

eficiencia. Espero que ahora haga lo mismo, sobre todo, si le prometemos medio millón como recompensa... en lugar de los dos millones que íbamos a entregar a ese idiota de Oghrin.

—Y tan idiota —gruñó Yorren—. ¿Cómo se llama ese sujeto, señor?

—Lex Howard. Todavía tengo anotado su domicilio. Ahora mismo iremos a verle, Yorren.

—Sí, señor.

Yorren se aplicó a poner en marcha el vehículo. Instantes después, el monorrueda avanzaba raudamente por las calles de la ciudad.

* * *

En el interior de la cabina de cristal, la cosa roja que parecía una mano aumentó de tamaño, en el espacio de una noche. A la mañana siguiente, ya medía un poco más de un milímetro, pero resultaba prácticamente imposible de ver por medios ordinarios.

Pat Banes continuó su trabajo, ignorante de que la primera prueba de la máquina había dado buen resultado.

* * *

Inesperadamente, la compañía perjudicada retiró los cargos formulados contra Lex Howard.

El juez, en vista de que no existía acusación, ordenó su libertad.

Kyr Dungerth había asistido al acto y se quedó con la boca abierta cuando oyó la sentencia judicial.

Estuvo a punto de emitir su más enérgica protesta, pero se contuvo, temeroso de sufrir una sanción. Legalmente, la decisión del juez no era objetable.

Cuando terminó el juicio, se las apañó para salir entre los primeros. Una vez franqueada la puerta, esperó en el corredor.

Howard salió minutos después. Divisó a Dungerth y sonrió insultantemente.

—Como ha podido apreciar, he sido absuelto —dijo.

—Con harto dolor por mi parte —contestó Dungerth ceñudamente.

—Métase debajo de la ducha —sonrió Howard—. ¿De qué le ha servido todo lo que hizo hace dos días?

—Quizá me sirva para más adelante, Howard. No olvidemos que tiene pendientes dos asesinatos.

—Eso es lo que dicen las malas lenguas, fisgón.

—Algún día probaremos esos crímenes.

Howard se encogió de hombros.

—Trabajo les doy. Bueno, me marcho...

Dungerth le sujetó por un brazo.

—Aguarde un momento —dijo—. Quiero saber cómo ha conseguido su libertad.

— Ha sido muy sencillo —sonrió el espía—. Me puse en contacto con los... perjudicados y les dije que tenía copia de los planos. No les dije nada más, pero fue suficiente.

—Y ellos se pusieron en contacto con usted, temerosos de que vendiera esas copias.

—Exactamente —admitió Howard con singular cinismo.

—Pero no lo hizo gratis.

—Claro que no. Mi libertad y... un buen fajo de billetes.

—¿Y no temen los perjudicados que usted les traicione, revendiendo los planos a un competidor?

—No. Esto lo hice yo por mi cuenta y riesgo, con ánimo de encontrar un comprador. Ya lo tenía, cuando usted me echó el guante, aunque todavía no había cerrado el trato. Sin embargo, si ese comprador me hubiese encomendado apoderarme de los planos, habría sido leal en el trato.

—Pero se habría pasado unos años en la cárcel.

Howard se encogió de hombros.

—Uno o dos, como máximo, pero siendo mi primera condena, habría alegado mi derecho a tomar la píldora cataléptica. Me habría pasado durmiendo el tiempo de encierro y, a la salida, me hubiese encontrado con un estupendo fajo de billetes.

Dungerth torció el gesto.

Howard tenía razón. Los condenados por primera vez a una pena de prisión tenían derecho a tomar una píldora que les sumía en un estado cataléptico, que les duraba todo el tiempo de condena. La dosis estaba científicamente calculada de acuerdo con el organismo del reo y la pena impuesta.

—De todas formas, ha sido mejor que me haya arreglado con la compañía perjudicada —dijo Howard—. Estoy libre, despierto y con un buen fajo de billetes en el bolsillo.

—Bien, puede que haya ganado, pero el día que le ponga la mano encima le apartaré de la circulación para un puñado de años. Y, repito, no olvidemos los dos asesinatos. Adiós, Howard.

—Buena suerte, polizonte.

—Lamento no poder desearle lo mismo —dijo Dungerth fríamente, apartándose del espía.

* * *

Pat terminó su trabajo aquella mañana y regresó a la casa para tomar el almuerzo de mediodía.

El profesor estaba trabajando en su despacho particular. Polly Oliver, el ama de llaves, vio a la muchacha y le dijo:

—Entre y sacúdale, señorita. Ya le he avisado un par de veces para el almuerzo, pero no me ha hecho el menor caso.

Pat sonrió.

—Cuando se enfrasca en sus cálculos, es muy difícil volverle a la realidad. No obstante, lo intentaré.

—La mesa está ya puesta —advirtió el ama de llaves.

Pat abrió la puerta del despacho. Oghrin estaba haciendo cálculos con un lápiz. Su mesa estaba cubierta de papeles llenos de signos gráficos.

Había muchas cuartillas arrugadas, tiradas de cualquier manera por el suelo. Ello indicaba la afición con que el profesor se había aplicado a su trabajo.

Oghrin alzó la cabeza al oír el ruido de la puerta y sonrió.

—¡Hola, Pat! —saludó—. ¿Sabes? He estado buscando una nueva aplicación para mi máquina. Puede ser algo sensacional…

—Lo que sí va a ser sensacional es la bronca que nos echará Polly si nos retrasamos para la mesa, ¿Por qué no me lo cuenta mientras comemos, profesor?

—Tienes razón —contestó Oghrin—. Ahora me doy cuenta de que tengo un hambre de lobo. Pat, será maravilloso cuando lo consiga… Mi máquina será de ida y vuelta. ¿Comprendes el significado de esta expresión? ¡No sólo podremos atraer seres vivientes desde otro planeta al nuestro, sino que podremos viajar desde la Tierra a cualquier otro mundo del Universo!

CAPÍTULO IV

Cuando Lex Howard llegó a su casa, se encontró conque tenía dos visitantes esperándole.

A uno de ellos le conocía ya. Había tenido tiempo atrás tratos con él.

—¡Señor Kerslew! —saludó, asombrado—. ¿Qué hace usted en mi casa?

Kerslew sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—Discúlpeme por esta intromisión —rogó el individuo—, pero, en vista de que no estaba, juzgamos oportuno aguardar aquí su vuelta. Ah, permítame que le presente al señor Q. Yorren, un buen amigo mío.

Howard miró al hombrecillo. Yorren le saludó en su forma habitual: juntando los tacones e inclinando rápidamente la cabeza.

—Es un placer para mí, señor Howard —dijo.

—Tanto gusto —contestó el espía—. No les ofrezco de beber, porque ya veo que se han invitado ustedes mismos —dijo, señalando hacia la mesa en donde se veían dos copas llenas a medias.

Kerslew sonrió forzadamente.

—Teníamos que entretener la espera —se excusó—. Pero, por favor, y aunque usted sea el dueño de la casa, ¿por qué no se sienta? Hemos de hablar de algo muy interesante.

—Me serviré una copa mientras usted habla —dijo Howard.

—A su gusto. Usted recordará que ya tuvimos tratos en cierta ocasión.

—Sí; y no quedó descontento de mis servicios.

—Usted tampoco tiene motivo de queja de los honorarios.

—Eso es cierto, señor Kerslew. ¿Cuánto, ahora?

—Medio millón.

A Howard le gustaban las cosas buenas. Olió el jerez recién servido, contempló al trasluz su perfecta transparencia, probó un poco de vino y chasqueó la lengua después.

—Doble la cifra, señor Kerslew —dijo al cabo.

Yorren pegó un salto en el asiento.

—¡Un millón! —dijo.

—Ni un céntimo menos —contestó Howard inflexiblemente.

—Pero... ¡si todavía no ha escuchado nuestra oferta!

—La vida está por las nubes —dijo Howard hipócritamente.

—Un millón es mucho —rezongó Kerslew.

—Estoy seguro de que el presupuesto es de dos millones por lo

menos. Les dejo uno de ganancia, porque ustedes lo justificarán así ante su gobierno. Un millón para mí y otro para ustedes. Luego, si quieren, les firmo un recibo por dos millones y todos tan contentos.

—¡Papeles firmados no! —exclamó Kerslew horrorizado.

—Todo de palabra, ¿eh? Y ¿quién les garantiza que no tengo yo ahora en funcionamiento una grabadora automática?

Kersiew se quedó parado.

Howard lo vio y se echó a reír.

—No tema —dijo—, no habrá registro de esta conversación. Soy repugnantemente honrado en mis tratos y no me convienen tampoco las posibles pruebas como a ustedes. Pero eso sí; cuando fijo una cifra, no la rebajo y, si se acuerda el pago, cobro la cantidad estipulada. Naturalmente, cumplo la misión encomendada.

Kersiew se resignó.

—Tiene usted un corazón de piedra —dijo.

—Así se puede vivir. De lo contrario, andaría hecho un pobretón por ahí, mientras otros se daban la gran vida con el resultado de mis trabajos. ¿Un millón?

—Sea —aceptó Kersiew finalmente.

Howard tomó otro sorbo de Jerez.

—Y, bien, ¿de qué se trata? —preguntó.

—¿Ha oído usted hablar del profesor Oghrin?

Howard reflexionó unos instantes.

—Sí, creo que sí. ¿Qué ha hecho ese tipo?

Kersiew se lo explicó. Howard había oído muchas cosas raras, pero lo que le dijo su visitante superaba a todo.

—Acerté al pedir el millón —dijo, cuando Kersiew hubo terminado su exposición.

—Entonces ¿acepta? —preguntó Yorren ávidamente.

—Claro que sí —sonrió Howard—. Va a resultar la experiencia más fascinante de mi vida. A propósito, ¿corre mucha prisa?

—En cierto modo, pero lo que más nos interesa es el resultado —contestó Howard.

—Entonces pueden darlo por hecho —afirmó el espía enfáticamente—. Por supuesto, no puedo fijar una fecha determinada. Antes de actuar, he de estudiar bien el terreno, conocer a los principales protagonistas… En suma, cuando actúo, no me gusta cometer errores.

—Perfectamente. Supongo que nos tendrá al corriente de sus trabajos.

—No. No les diré nada hasta que todo esté listo. Sin embargo, ustedes pueden llamarme dentro de una semana. Solamente les diré

sí o no y el nuevo plazo de espera. ¿Han comprendido?

—Por completo —aseguró Kerslew, a la vez que se ponía en pie —. Yorren, entregue ai señor Howard la mitad de la suma convenida, a cuenta, hasta finalizar la operación.

—Sí, señor.

Instantes después, un grueso fajo de billetes cambiaba de manos. No hubo más; los visitantes se despidieron brevemente y Howard se quedó solo.

Para celebrar el encarguito, Howard se sirvió otra copa de jerez.

Levantó la mano y dijo:

—¡A su salud, profesor Oghrin!

En la calle, Yorren soltó un bufido de disgusto.

—Con el debido respeto, señor —dijo—. No debió haber cedido en la cuestión de la recompensa.

Kerslew soltó una risita.

— Howard es el mejor espía industrial que conozco —dijo—. Conseguirá lo que le hemos pedido.

—Pero... ¡un millón!

—De momento, sólo tiene medio. Dudo mucho de que llegue a cobrar el otro medio.

Yorren miró a su jefe. Kerslew sonreía de una manera extraña.

—La vez anterior, Howard trabajó para nosotros —explicó Kerslew—. Sin embargo, dos trabajos encomendados al mismo individuo podría resultarnos peligroso. Dejemos que termine éste satisfactoriamente y entonces...

Yorren sonrió.

—Sí, señor; le comprendo perfectamente —dijo.

Kerslew entró en el monorrueda y se arrellenó
en su asiento. Yorren se acomodó a su lado.

—A casa —ordenó el primero.

—Sí, señor —contestó el segundo.

* * *

La cosa roja había alcanzado ya una altura de tres milímetros en dos días.

Se movía con raros estremecimientos. Cualquiera que lo hubiera visto, habría creído estar contemplando una planta marina, agitada por las corrientes del fondo del océano.

No lejos de allí, Oghrin y Pat discutían las nuevas posibilidades del aparato.

—Pero, profesor..., ¡trasladarse a otro planeta!

La muchacha no estaba aún convencida de la bondad del procedimiento.

—A ver —dijo Oghrin—, ¿qué objeciones me planteas ahora?

—En primer lugar, supongamos que funciona correctamente. ¿Qué enviará a ese supuesto planeta?

—¿Enviar? A nadie. Iré yo en persona. Y tú también, si quieres venir, muchacha.

Pat se asustó.

—¿Yo? —dijo.

—A menos que tengas miedo...

—Pero, profesor, supongamos que ese planeta carece de atmósfera respirable.

Oghrin sonrió.

—¿Crees que no he tenido en cuenta esa posibilidad? Cuando hagamos el viaje, iremos equipados con escafandras de vacío, como los astronautas.

—¿Y si no hay comida?

—Llevaremos provisiones.

—¿Qué me dice del regreso?

—Oh, no habrá dificultades, Pat.

—Yo encuentro muchísimas, profesor —confesó la joven.

—Muchacha, el regreso será de lo más sencillo que puedas imaginar. Bastará conectar un aparato de relojería a la máquina en situación de inversión con respecto a su última acción. En el momento prefijado, la máquina nos «llamará» y nos devolverá a la Tierra.

Pat suspiró.

—Ojalá fuese como dice, profesor. Todo sea por la ciencia, pero...

—Pero ¿qué? ¿Más objeciones?

—Sí. Una, la más importante.

—Te escucho, Pat.

—No podemos desplazarnos de la Tierra, es decir, no debemos hacerlo, sin antes haber probado el correcto funcionamiento de la máquina. Antes de salir de aquí, disparada sabe Dios adonde, quiero saber que el aparato funciona a la perfección.

Oghrin asintió.

—Una precaución muy lógica —contestó. Y acto seguido propuso—: ¿Revisamos los cálculos?

—Sí, profesor...

El teléfono sonó en aquel momento.

Pat se levantó y tomó el aparato. Escuchó un momento y luego dijo:

—Profesor, Polly nos anuncia un visitante.

—¿Quién es, muchacha?

—Un tal Kyr Dungerth, ingeniero nuclear, profesor.

Oghrin hizo una mueca.

—Está bien —accedió al cabo—. Que pase.

—¿Aquí?

—Sí, aquí mismo, ¿qué mas da? ¡De todas formas, se irá pensando en que somos unos chiflados!

Pat quitó la mano del micrófono.

—Polly, traiga al señor Dungerth aquí, al observatorio.

Y colgó, resignándose a que el visitante la contemplase como una chiflada de la ciencia.

Luego se dirigió hacia la puerta, atravesó un pequeño vestíbulo y llegó a la entrada del observatorio. El visitante llegaba ya por el sendero que unía el observatorio con la residencia.

Polly, el ama de llaves, se volvió, apenas divisó a la muchacha en el umbral. Dungerth parpadeó ligeramente.

El policía no había esperado encontrarse con una chica tan guapa. Delante de él vio unos cabellos castaños, muy cortos, un par de ojos grandes, rasgados, con pupilas grises y una figura de líneas perfectas. Dungerth se preguntó cómo era posible que una joven tan bonita se hubiese dedicado a cosas tan absurdas... y hasta disparatadas.

—Soy Kyr Dungerth —se presentó cortésmente.

—Mi nombre es Pat Banes y soy ayudante del profesor Oghrin —contestó la muchacha—. ¿Tiene la bondad de pasar, señor Dungerth?

—Es usted muy amable, señorita Banes.

Pat se echó a un lado y extendió la mano en ademán invitador.

—Por aquí, señor Dungerth, tenga la bondad.

Capítulo V

Tendido de pechos en el suelo, sobre la hierba de una colina cercana, Lex Howard contemplaba pensativamente los dos edificios que componían la propiedad del profesor Oghrin.

Howard arrancó un tallo de hierba y lo mordisqueó distraídamente. Al alcance de su mano tenía unos potentes prismáticos, dotados de sistema de visión a base de infrarrojos, para ser utilizados por la noche si era preciso.

El edificio más pequeño era la residencia, sin duda alguna. No ofrecía ningún detalle de relieve especial. Era, más o menos, como las casas de campo que había a centenares por los contornos.

En cambio, el otro edificio ya ofrecía peculiaridades más acusadas. En principio, parecía un observatorio astronómico.

Lo curioso del caso era, se dijo, que los observatorios astronómicos corrientes están situados en lo alto de montañas o en puntos elevados, a fin de gozar de una atmósfera menos densa y, por tanto, más transparente. No era que la atmósfera de aquel valle, que en realidad era más bien una llanura, no fuese pura, pero su altura sobre el nivel del mar era escasa y ello siempre constituía una dificultad a la hora de realizar observaciones visuales de los astros.

El edificio tenía forma cuadrada y estaba rematado por una gran cúpula. Cada uno de los lados medía alrededor de treinta metros de largo por diez de alto. El punto más elevado de la cúpula quedaba a treinta metros sobre el suelo.

Howard se figuró que la cúpula sería practicable, como en todos los observatorios astronómicos, esto es, con aberturas y giratoria. De momento, parecía cerrada.

La propiedad estaba rodeada por una alta valla de fuerte red metálica. Más bien delimitaba los contornos que resultaba una protección eficaz, se dijo el espía industrial.

El único problema, a su juicio, estribaba en saber si había sistemas de alarma. Tendría que estudiarlo personalmente en una ocasión propicia. Conocía todos los sistemas de alarma existentes en el mercado y no había ninguno que se le resistiese. Era parte de su profesión, claro.

De pronto, vio que salían dos personas de la casa y se dirigían hacia el observatorio.

Howard se llevó los prismáticos a los ojos. Instantes después, se escapaba de sus labios una fuerte interjección.

¿Qué diablos hacía allí su odiado enemigo, el oficial de policía

Kyr Dungerth?

* * *

Kyr Dungerth escuchó paciente e interesadamente las explicaciones que de su descubrimiento le hizo el profesor Oghrin. Tan interesado estaba en lo que oía que llegó a olvidarse de la linda muchacha que tenía a su lado.

Cuando Oghrin terminó, Kyr dijo:

—He comprendido perfectamente el fundamento de su invento, profesor. Usted, sin embargo, dice que no ha funcionado.

Oghrin sonrió melancólicamente.

—Funcionar, funcionar... Bueno, le ha pasado como a. un automóvil cuyo motor no estuviese engranado a la transmisión. El motor podría ponerse en marcha, pero el auto no se movería de su sitio, ¿comprende?

—Sí. Quiere decir que no transportaría a las personas de un sitio a otro.

—Exactamente.

—¿Y no se le ha ocurrido calcular si el suministro de energía es correcto? Por favor, profesor —dijo Dungerth apresuradamente—, no vaya a creer que un lego pretende darle lecciones. Sólo quería hacerle una sugerencia.

Pat dejó escapar una ligera exclamación.

—Profesor, es posible que nuestro visitante tenga razón —dijo.

Oghrin miró a la pareja alternativamente.

—En tal caso, sería preciso revisar y aun reforzar la instalación de suministro de energía —manifestó.

—¿Me permite que le eche un vistazo? —preguntó Dungerth.

Pat arqueó las cejas.

—¿Entiende usted de esas cosas? —preguntó.

—Lamento no haberlo dicho antes —respondió el joven sonriendo—. Tengo el título de ingeniero físico.

—¡Oh! —dijo Pat—. Es extraño. Un ingeniero físico metido a policía.

—Bueno, me pareció que era una profesión más divertida. Estuve dos años trabajando en una empresa y empecé a sentir la angustia de creerme una pieza más de la maquinaria. Lo dejé, no lo podía soportar —explicó Dungerth.

—Hizo bien, muchacho —aprobó Oghrin—. Si el oficio no le gustaba y éste sí le gusta, acertó en la elección.

—Por lo menos, es más distraído —sonrió Dungerth—. ¿Le parece que examinemos la instalación?

—Por supuesto. Tengo un pequeño generador, con

transformador...

Dungerth estuvo examinando el sistema de energía que proporcionaba la que necesitaba la máquina. Al terminar, emitió su dictamen:

—Profesor, si mi consejo es aceptado, debería cambiar el generador y poner otro de una potencia no inferior al cincuenta por ciento más que la que suministra el actual. El doble sería lo ideal, aunque no fuese preciso utilizarlo al máximo de su rendimiento. Creo que con un cincuenta por ciento más bastaría y así quedaría el cincuenta por ciento restante para una especie de suplemento en casos de emergencia.

Oghrin volvió la vista hacia la muchacha.

—¿Cuál es tu opinión, Pat? —preguntó.

—Yo ya había empezado a sospechar que había ciertas deficiencias en el suministro de energía —contestó ella, corroborando así las declaraciones de Dungerth—. No nos queda otro remedio que cambiar el generador.

—Si ustedes me lo permiten, yo vendría a ayudarles en sus ratos libres —se ofreció Dungerth amablemente.

—Por mí no hay inconveniente —sonrió Oghrin—. Joven, puede decirse que, aparte de Pat, es usted el primero que no me considera un tío loco.

Dungerth se echó a reír.

—A lo mejor es que yo también estoy loco —contestó de buen humor—. ¿Y dice que ahora está estudiando el medio de hacer actuar su máquina en sentido inverso? Es decir, proyectar en lugar de atraer.

—Oh, claro que sí, como todas las máquinas en general: marcha adelante y marcha atrás —respondió Oghrin pintorescamente.

—Resultaría interesantísimo —murmuró Dungerth, acariciándose la mandíbula—. Pero ruinoso para las compañías de astronáutica.

— Se transformarían en compañías de teleportación —dijo Pat —. Pero no debemos detenernos por consideraciones de orden económico. La diligencia murió con el ferrocarril y los barcos de vela murieron con los vapores. El progreso no se detiene jamás, señor Dungerth.

—Por supuesto. Ahora bien, supongamos que su aparato funciona ya satisfactoriamente. ¿Qué haríamos para ir a Marte? ¿Cuántas personas podrían desplazarse simultáneamente? Me refiero a la máquina en su estado actual.

—Quizás hasta cuatro —respondió Oghrin, señalando hacia la

cabina encristalada—. Por ahora, sin embargo, sólo irían dos. Alguien debería quedarse para manejar los controles.

—Desde luego —admitió Dungerth—. ¿Qué tiempo se emplearía para ese viaje, profesor?

—Lamento decirle que todavía estamos moviéndonos a ciegas en algunos aspectos del funcionamiento de mi máquina —dijo Oghrin —. Ahora bien, lo razonable es suponer que la velocidad de traslación no bajaría en ningún momento de una cifra muy aproximada a los trescientos mil kilómetros por segundo, sin el acelerador.

Dungerth silbó.

—¡Es la velocidad de la luz! —dijo.

—Puesto que la máquina tiene como base el empleo de la energía eléctrica, resulta lógico suponer una velocidad semejante —terció Pat—. Usted sabe que la corriente eléctrica se desplaza precisamente a esa velocidad.

—Sí, desde luego. Y, si suponemos que Marte se encuentra a unos noventa millones de kilómetros en estos momentos, el tiempo de traslación sería de unos cinco minutos y medio.

—Aproximadamente —dijo Oghrin.

—Me gustaría ir a Marte —expresó el policía llanamente.

—¿Accedería usted a probar mi aparato? —preguntó Oghrin.

—Sin el menor género de dudas, pero con el nuevo generador.

—Tendríamos que estudiar muy bien la posición de Marte y medir con toda exactitud las distancias en el momento del lanzamiento —dijo Oghrin—. Un error de apreciación de distancias podría resultar funesto.

—Bueno, se podría calcular la proyección para unos dos mil metros de altura sobre la superficie marciana.

—¿Y el descenso? —preguntó Pat.

—Paracaídas, naturalmente.

—La atmósfera es muchísimo menos densa que la de la Tierra.

—También la gravedad es menor. El paracaídas podría ser de mayor tamaño, lo que acabaría por compensar las diferencias.

Oghrin agitó una mano.

—Son unas buenas ideas, pero ninguna de ellas puede ser llevada a la práctica, mientras no hayamos cambiado el generador. Y eso no va a ser cosa de un día, precisamente.

—Si usted me lo permite, yo podría encargarme de realizar gestiones precisas con el fabricante —dijo Dungerth—. Y ayudarles al montaje, ya lo he dicho.

—No hay inconveniente por mi parte —accedió Oghrin—. Y

ahora que ya hemos hablado bastante, y, puesto que no podemos hacer nada por el momento, sugiero que se quede a almorzar con nosotros, señor Dungerth.

—Es una invitación que me complace en extremo, profesor.

Pero al decir esto, Dungerth no miraba al profesor, sino que tenía los ojos fijos en Pat.

La joven se ruborizó ligeramente. A fin de ocultar su turbación, dijo:

—Iré a avisar a Polly para que ponga un cubierto más. Con su permiso...

—Una chica magnífica —alabó Oghrin cuando los dos hombres se hubieron quedado solos.

—Y muy bonita —sonrió Dungerth—. Es raro que no esté casada ya.

Oghrin se encogió de hombros.

—Ya se casará —contestó—. Si no estuviese aquí, como enclaustrada, ya le habrían salido los pretendientes a docenas... Pero vayamos a la casa; mientras preparan la mesa, podemos tomar un aperitivo y continuar charlando.

—Con mucho gusto, profesor.

* * *

A través de los prismáticos, Lex Howard vio primeramente a una muchacha que se dirigía desde el observatorio a la casa. A los pocos minutos, vio a Oghrin y a Dungerth que seguían el mismo camino.

Howard se mordió los labios. La distancia desde el sitio en que estaba hasta el observatorio era de unos doscientos cincuenta metros. Entre los dos edificios había algunos árboles. Se preguntó si le ocultarían a la visión de los ocupantes de la casa.

Era cerca de mediodía. Tenía el sol a su derecha, lo cual significaba que la trasera de la casa, la que daba al observatorio, quedaba en sombras.

Howard dedujo que el profesor y sus acompañantes iban a almorzar. En tal caso, lo harían en alguna habitación soleada.

Por tanto, pensó, esa habitación tenía que estar situada en la fachada anterior. Si ahora se arriesgaba, no le verían.

Recogió los prismáticos, se los colgó del cuello y se puso en pie. Caminó por los lugares donde más abundaba la vegetación y, en pocos minutos, llegó al pie de la valla metálica.

Tendido en el suelo, la examinó atentamente, hilo por hilo. Al fin, llegó a la conclusión de que no había sistemas de alarma.

Metiendo la mano en el bolsillo, sacó una especie de alicates de acero de especial dureza, con los cuales empezó a cortar la malla.

Los alambres saltaban como si fueran hilos de algodón.

Cinco minutos después, había practicado una abertura del tamaño suficiente para pasar su cuerpo. Estaba hecha a ras del suelo y se arrastró para pasar al otro lado.

Derivó hacia su izquierda. Tal vez el observatorio tenía otra entrada, pero era una suposición errónea.

Asomándose a la esquina opuesta, miró hacia la casa, oculta a media por los árboles. Sin embargo, pudo ver a través de una ventana a una mujer de mediana edad que iba de un lado para otro en aquella habitación.

Al cabo de unos minutos, la mujer tomó una bandeja con las manos y salió de la estancia. Entonces Howard corrió hacia la puerta del observatorio, la abrió y se coló en su interior.

Atravesó el vestíbulo. Llegó al observatorio propiamente dicho y se detuvo a pocos pasos de la entrada.

Estaba fascinado por el espectáculo. Howard había visto muchas cosas extrañas en su larga carrera de espía industrial, pero jamás había contemplado nada semejante.

— ¿Funcionará? —se preguntó dubitativamente, a media voz.

Capítulo VI

En los tres días siguientes, la plantita roja con forma de mano, aumentó cuatro milímetros de tamaño.

Seguía moviéndose, aunque sus movimientos no obedecían a ningún ritmo predeterminado. A veces parecía quieta y en ocasiones se agitaba frenéticamente. Pero, incluso cuando parecía quieta, seguía moviéndose.

Su altura total era ya de siete milímetros.

Y seguía creciendo.

* * *

El enorme camión maniobró lentamente, hasta situar la popa frente a la entrada del observatorio.

Dos hombres saltaron de la cabina al suelo, mientras el conductor aguardaba en su puesto.

Oghrin y Pat habían salido a la puerta. Dungerth y su acompañante se les acercaron.

—Profesor, Pat, les presento a David Salmton, técnico de la casa constructora del generador y buen amigo mío. David, el profesor Oghrin, Pat Banes.

Hubo un intercambio de saludos. Salmton era un hombre de unos treinta y ocho años, de regular estatura y de aspecto vivaz e inteligente.

—David dirigirá el montaje, bajo su personal supervisión, profesor —añadió Dungerth una vez terminadas las presentaciones —. Una vez esté todo concluido, yo haré una nueva revisión. Ahora me quedaría, pero...

Sonrió forzadamente.

—Sigo siendo policía y tengo trabajo —concluyó.

—No se preocupe por nosotros, muchacho —dijo Oghrin con benevolencia—. Su deber está por encima de todo.

—Sin embargo, puedo quedarme aún un rato —dijo Dungerth—. Por lo menos, hasta que hayamos descargado la máquina. Luego me iré con el camión.

—¿Pasa algo importante? —preguntó Pat, curiosa, como buena representante de su sexo.

—Oh, no es nada de importancia —respondió el policía volublemente—. Tengo que vigilar a un tipo, eso es todo.

* * *

Lex Howard salió de su casa y no reparó en el venerable anciano que parecía tomar el sol en la acera. Howard caminó una docena de pasos, y luego se metió en su monorrueda, estacionado junto al

bordillo.

El venerable anciano tenía también un monorrueda a corta distancia. Instantes después, seguía al vehículo tripulado por Howard.

El segundo monorrueda disponía de algunos artefactos en su cuadro de mandos, que hubieran causado la estupefacción de Howard, tipo avezado a ver artefactos rusos. Uno de ellos consistía en una pequeña pantalla en la que resplandecían las letras y cifras de la matrícula del monorrueda del espía industrial.

Aquello bastaba para seguirle sin perderle por todas partes, fuese adonde fuese. El venerable anciano era, por supuesto, Kyr Dungerth.

Minutos después, Dungerth vio que Howard se detenía frente a un establecimiento de suministros de equipo médico. Dungerth se preguntó qué podía necesitar Howard en un establecimiento de semejante índole.

Detuvo el monorrueda en un lugar prudente y llamó por radio a su jefe.

—Hable, Dungerth —le contestó el jefe, una vez establecido el contacto.

—Howard está ahora en una tienda donde venden equipos médicos. Me pregunto qué puede necesitar ese tipo.

—¿Por qué no se lo pregunta al dueño cuando salga?

—Me gustaría seguirle, jefe.

—Tiene razón. Enviaré a otro agente. Dígame las señas de esa tienda.

Dungerth lo hizo así. El jefe dijo:

—No le pierda de vista. Le informaré del resultado de esa investigación apenas lo tenga.

—Muy bien.

—Y… una advertencia; es una misión muy importante, Dungerth.

—Lo sé, jefe.

—No, no lo sabe. Ésta es más importante que nunca. Puede tener implicaciones internacionales.

—Jefe, en una ocasión como ésta, hay que decir: «¡Cáspita!»

—Nada de eso, Dungerth. Hay que decir: «¡Diablos!», que es una palabra mucho más gorda.

Dungerth sonrió.

—Entiendo, jefe. Bien, Howard sale ya. Hasta la vista.

— Hasta la vista, muchacho. Péguese a ese tipo y no le quite el ojo de encima.

Dungerth asintió mientras cerraba la comunicación. Howard salía con un gran paquete en las manos, que depositó en el portaequipajes del monorrueda. Luego entró en el vehículo y lo puso en marcha.

El asombro de Dungerth fue muy grande al comprobar que Howard regresaba a su domicilio. Había llegado a creer que el espía iría a otro sitio y su actitud le desconcertó bastante.

Sin embargo, debía continuar con su vigilancia. Estacionó el monorrueda en un lugar discreto, desde el cual podía divisar la entrada de la casa donde vivía Howard, y se dispuso a esperar.

Media hora más tarde, el jefe le llamó.

—Howard ha comprado cuatro balones de gas anestésico —dijo.

—¿Gas anestésico? ¿Y para qué, jefe?

—Para dormir a las personas, naturalmente.

—Eso significa que piensa dar un asalto a... algún sitio.

—Justamente, yo también lo creo. Cada cilindro puede llenar de gas anestésico una habitación de trescientos metros cuadrados. Es un gas inofensivo y que no deja secuelas en el organismo. En su concentración máxima, puede dormir a una persona hasta seis horas. Una ligera aspiración basta para provocar un sueño de diez a veinte minutos —explicó el jefe.

—Comprendo. Bien, seguiré vigilándole.

—A las siete y media le relevarán, Dungerth. Quedará libre durante dieciocho horas.

—Una pregunta, jefe —dijo el joven, viendo que su superior se disponía a cortar la comunicación.

—Hable, Dungerth.

—¿Qué clase de complicaciones internacionales puede provocar la intervención de Howard?

—Tenemos confidencias de que determinado país ha desplazado aquí a uno de sus mejores agentes. —El jefe citó el nombre de aquel país—. Usted sabe cómo está la situación con respecto a la nación vecina.

—Sí, jefe.

—Bueno, para entendernos, llamaremos País A al primero y País B al segundo, más pequeño y menos poderoso. Parece ser que el primer ministro del País B sigue una política no conveniente para los intereses del País A.

—Voy comprendiendo. ¿Y...?

—Bueno, si desapareciera ese primer ministro, la política del País A quedaría considerablemente reforzada respecto al País B. Hablando estricta y aun despiadadamente, lo que ocurra entre esos

dos países nos importa un rábano; lo que no queremos es que nos tomen por campo de sus operaciones.

—Desde luego. Así, pues, Howard podría estar complicado en la desaparición del primer ministro del País B.

—Sí, eso es.

—Pero ¿cómo? Hay miles de kilómetros desde aquí...

El jefe suspiró.

—Eso es lo que no sabemos y debemos averiguar a toda costa, Dungerth —contestó.

Dungerth cerró la comunicación, sumamente pensativo.

¿Por qué se planeaba la desaparición de un político en un país situado a miles de kilómetros?

¿Cuál era el papel de Howard en aquella intriga?

Su misión, y la de sus compañeros, era averiguarlo.

Consultó el reloj. Todavía faltaban tres horas para su relevo.

Le resultó fácil armarse de paciencia, pensando en que al final de aquellas tres horas estaba Pat Banes.

* * *

La plantilla roja en forma de mano había alcanzado ya una altura de doce milímetros.

Seguía agitándose. Los «dedos» eran ahora un poco más largos en proporción al tallo y parecía como si empezaran a bifurcarse, dando origen a cada uno de ellos a dos más.

Con una lupa se hubieran advertido en la base unas delgadísimas raicillas que se extendían horizontalmente, divergiendo desde el centro hacia los extremos, en forma de rayos ondulados. La longitud máxima de las raicillas no sobrepasaba los tres milímetros.

Kyr Dungerth detuvo el monorrueda ante la casa del profesor y saltó al suelo. Polly, el ama de llaves, le abrió la puerta a los pocos segundos.

—Están en el observatorio —anunció.

—Gracias, Polly.

Dungerth era ya considerado como de casa. Atravesó el salón y la cocina y salió al jardín.

La puerta del observatorio estaba abierta. Salmton salió en aquel momento, cargado con un pesado rollo de cable conductor.

—¡Hola, Kyr! —gritó alegremente—. ¿Qué me cuentas de nuevo?

—Eso soy yo el que debe decirlo. ¿Cómo va la cosa?

—Estará listo dentro de un par de días. Quiero hacer un buen trabajo, no una chapuza, Kyr.

—Tienes razón, David. Vale más esperar un poco y evitar así los errores que...

Dungerth se interrumpió en aquel momento. Pat acababa de aparecer en el umbral.

A Dungerth le pareció encantadora. La joven vestía un traje de faena, consistente en una especie de mono de manga corta y perneras también cortas, de un color azul pálido, que prestaba un singular atractivo a su figura. Al verle, Pat sonrió abiertamente.

— Celebro verle, Kyr —dijo—. No le esperaba hoy, a decir verdad.

—Dispongo de dieciocho horas de mi tiempo —contestó él, acercándose a la muchacha—. ¿Qué tal marchan las cosas? David ha dicho que tendrá todo listo para dentro de dos días.

—Así lo creo yo también. —Los ojos de Pat brillaron repentinamente—. Kyr, creo que esta vez no habrá fallos.

—Mejor —contestó Dungerth—. Pat, ¿sabe que tengo ganas de viajar a Marte por medio de ese aparatito?

—A mí me inspira un poco de aprensión, la verdad —confesó ella.

—No hay por qué sentir temores. Funcionará —dijo el joven con acento convencido.

—Habla usted como si fuera el propio inventor, Kyr.

—Tengo fe en el profesor, eso es todo.

Pat hizo un signo afirmativo.

—Yo también, aunque ello no impida que sienta un poco de aprensión. Me pregunto qué se sentirá al viajar de esta manera, fuera de una astronave...

—¿Ha viajado alguna vez en astronave?

—No, nunca, Kyr.

—Entonces es probable que, a partir de ahora, no utilice otro medio de transporte, Pat —sonrió él.

—Soy terriblemente sedentaria —confesó la muchacha.

Dungerth movió la mano.

—¿Tan sedentaria que no le gustaría dar un paseo por los alrededores? —sugirió.

Ella le miró y sonrió ligeramente.

—A veces —dijo—, conviene estirar las piernas.

—Supongo que no se enfadará el profesor.

—Claro que no. Estamos casi parados; estos días, nos hemos limitado a revisar los cálculos una y otra vez. No podemos hacer nada mientras David no haya terminado de montar el generador.

Emprendieron la marcha por los alrededores. De pronto,

llegaron a la valla metálica.

—Ya no podemos seguir adelante —dijo Pat.

—Podemos salir…

—Tendremos que hacerlo a través de la casa —dijo Pat—. La valla no tiene otra abertura.

—¿Está segura? —exclamó Dungerth de súbito.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó la muchacha, extrañada.

Dungerth se arrodilló en el suelo y contempló el hueco abierto días atrás por Howard. El trozo de valla cortado estaba a un lado, casi completamente oculto por las hierbas que crecían libremente en aquel sitio.

—¿Qué pasa, Kyr? —inquirió Pat, alarmada.

Dungerth tomó el trozo de valla y comprobó que su forma coincidía con la del hueco. Pat se fijó en que la cara del joven aparecía cubierta de sombras.

—Pat, me parece que por este hueco ha entrado alguien —dijo—. Y no con buenas intenciones —añadió el joven.

Capítulo VII

Kyr Dungerth se puso en pie y miró a su alrededor.

—Al profesor le tomaron muchos por chiflado —dijo, tras una pausa—, pero otros creyeron en él... y no lo han demostrado abiertamente.

—¿Sospecha que quieren robarle el invento? —preguntó Pat con una nota de ansiedad en la voz.

—No me extrañaría en absoluto. El corte es relativamente reciente, lo que significa que él o los intrusos estuvieron aquí hace muy pocos días. ¿No tienen ustedes sistema de alarma en la valla?

—No. El profesor creyó que no sería necesario...

—Su invento tiene más trascendencia de la que él mismo cree — afirmó Dungerth—. En su lugar, yo haría instalar un sistema de alarma completo en torno a la propiedad.

—Se lo diré en seguida —prometió Pat—. Pero eso costará algunos días de trabajo. Mientras tanto, ¿qué me sugiere usted para evitar cualquier contratiempo?

—No hay más que una solución: vigilar.

Ella hizo un signo afirmativo.

—Sí, será lo mejor, Kyr.

—Yo me quedaré esta noche, es decir, si el profesor no tiene inconveniente. —Dungerth miró a derecha e izquierda—. Esto no me gusta, la verdad. Me quedaré —repitió.

Hubo un momento de silencio. Dungerth tendió la vista a lo lejos. A unos doscientos cincuenta metros, divisó una loma baja y alargada, cubierta de vegetación, cuya cúspide quedaba a un nivel superior al de la cúpula del observatorio.

—Volvamos a la casa —dijo súbitamente.

—¿A la casa o al observatorio? —preguntó Pat.

—A la casa —contestó él firmemente.

La joven se emparejó con Dungerth. Mientras caminaban, él preguntó:

—¿Tienen prismáticos en casa, Pat?

—Creo que sí. En todo caso, los buscaré. ¿Ha visto algo?

—Se lo diré dentro de unos minutos —contestó Dungerth evasivamente.

Momentos después, entraban en el edificio. Pat le dejó solo, pero volvió a los pocos momentos con unos prismáticos en la mano.

—¿Qué es lo que espera ver, Kyr? —preguntó.

—Aguarde un instante, Pat.

Dungerth se llevó los prismáticos a los ojos y, después de

graduarlos, recorrió detenidamente la parte alta de la loma. Estaba detrás de una ventana, cuyas cortinas quedaban corridas casi por completo.

— Ya lo decía yo —murmuró entre dientes—. El espía está allí, en lo alto de la loma.

Pat dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

—Me pareció ver antes un ligero destello, como si un objeto metálico hubiese devuelto uno de los últimos rayos de sol poniente. Podría ser una lata vacía..., pero hay alguien allí arriba.

—¿Quiere que avise al profesor, Kyr?

—No. Deje que pase un rato, Pat. El tipo continúa en el mismo sitio. Esperaré a que venga.

—¿Cree que va a venir?

Dungerth sonrió.

—Está anocheciendo. Él continúa en el mismo sitio. Desde su observatorio, lo que hay dentro de la valla se ve en pocos momentos. Si no se ha marchado ya, es que piensa venir a la noche.

Se volvió hacia la joven.

—Éste es un asunto del que me corresponde encargarme —añadió.

Pat hizo un signo afirmativo.

—Ha sido una suerte contar con usted, Kyr —dijo.

—Si no hubiera sido por mi curiosidad... —rió él—. Pero no tenga miedo; estamos prevenidos y no pasará nada. Salvo, claro está, que Polly tendrá que poner un cubierto más en la cena.

—Creo que lo hará con mucho gusto, Kyr —aseguró la muchacha.

* * *

Tendido en el suelo, a pocos pasos de la abertura, Dungerth dejaba pasar el tiempo pacientemente.

La noche estaba clara, aunque no había luna. Soplaba una ligera brisa y se oían cantar los grillos.

Unos pasos sonaron cautelosos en las inmediaciones. Dungerth aguzó la vista y divisó una silueta extraña a pocos metros.

El individuo llevaba un bulto a la espalda. Alcanzó la abertura y se puso de rodillas.

Era una mochila, apreció Dungerth a los pocos instantes. Howard se la quitó de la espalda y la hizo pasar por el hueco. Luego se tendió en el suelo y empezó a arrastrarse para cruzar al otro lado.

Una vez hubo atravesado la valla, alargó una mano para recoger

la mochila. Entonces oyó una voz:

—Si le parece, yo le ayudaré a colocársela a la espalda.

El espía se quedó rígido. Luego, con gesto veloz, se volvió hacia el joven.

Dungerth estaba prevenido. Disparó su puño derecho y Howard salió catapultado. Chocó contra la valla, rebotó y cayó de cara.

Dungerth agarró la mochila y la tiró a un lado. Luego se inclinó sobre el espía y le puso en pie a viva fuerza.

Con la mano izquierda le sujetó contra la valla. La otra mano le sirvió para emplear una pequeña linterna y enfocarla a la cara del intruso.

—Tenía que ser usted —gruñó.

Howard parpadeó. Los efectos del golpe se le estaban pasando ya.

—Suélteme —gruñó.

—Nada de eso, rufián —dijo Dungerth—. Esta vez le he cogido con las manos en la masa. Ha entrado en una propiedad sin permiso del dueño. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Un par de meses de cárcel, a lo sumo —contestó Howard en tono indiferente.

—Y luego a la calle, ¿verdad? Oh, no, son unos planes con los que yo no estoy de acuerdo en absoluto. Howard, usted no se va a ir de aquí sin decirme para quién trabaja.

—Usted no puede obligarme a que hable. En todo caso, su deber, como policía…

—Es que ahora no estoy de servicio. Ahora soy un ciudadano particular y puedo partirle los huesos uno por uno, hasta que se decida a despegar la lengua. Y, si cree que no lo haré, es que no me conoce, Howard.

El espía palideció en la oscuridad.

Dungerth era muy capaz de hacer lo que prometía. Y nadie podría formular la menor acusación en su contra, dado que él se hallaba en una propiedad ajena sin permiso del dueño.

—Así que vamos a conversar… —siguió Dungerth.

La desesperación y el miedo hicieron que el espía sacase fuerzas de flaqueza. Empujó a Dungerth, haciéndole vacilar un instante y luego, con rápido movimiento, extrajo algo de un bolsillo.

Era como un lápiz, que encaró al rostro de Dungerth. Un chorro de gas brotó en el acto de la punta de aquel lápiz.

Dungerth echó la cara a un lado y pudo esquivar así la mayor parte de la descarga, pero no consiguió evitar aspirar unas cuantas partículas del gas. Casi en el acto sintió que las fuerzas le fallaban.

Howard volvió a empujarle y, esta vez, Dungerth cayó de espaldas al suelo.

En aquel momento sonaron voces.

—¡Kyr! ¡Kyr!

Howard maldijo entre dientes. Unas luces oscilaban apresuradamente en las cercanías.

Ya no podía seguir adelante, al menos por aquella noche. Todo su interés estaba centrado ahora en escapar.

Dungerth no había perdido el sentido por completo, aunque apenas si podía moverse. Vio a Howard desaparecer de su vista e hizo un esfuerzo desesperado por sentarse en el suelo.

Pat y Salmton llegaron unos segundos después.

—¡Kyr! ¿Dónde está? —preguntó la muchacha ansiosamente.

—Aquí...

Salmton tropezó con la mochila y estuvo a punto de caer.

—¡Diablos! —masculló—. ¿Qué es esto?

Pat se arrodilló junto al joven.

—¿Le sucede algo, Kyr?

—Ese tipo... me arrojó gas anestésico a la cara... —contestó él, con voz insegura—. ¿Hay por ahí una mochila? —preguntó.

—Sí, la tengo yo —contestó Salmton.

Dungerth hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Bien, vamos a la casa. Allí la examinaremos mejor. Howard ya no volverá esta noche.

—¿Howard? ¿Es que le conoce usted? —preguntó Pat, extrañada.

—Sí. Pude ver la cara un instante... Es un espía industrial, y de los buenos en su especialidad —explicó Dungerth.

—Nosotros vimos el resplandor de tu linterna y calculamos que ya habías atrapado al sujeto —dijo Salmton—. Pero no nos figurábamos que...

—Howard conoce muchos trucos —rezongó Dungerth de mal humor—. Yo debí haber empezado por donde él terminó. Pero no se ha perdido nada todavía, ¿verdad?

En la casa, examinaron el contenido de la mochila.

Había cuatro cilindros de unos cuarenta centímetros de largo, por quince de grosor, provistos de sendas válvulas de apertura.

—Contienen gas anestésico —dijo Dungerth—. Pensaba dormir a todos los habitantes de la casa y después...

Enseñó la cámara fotográfica que, envuelta en su funda, venía también en la mochila.

Pat se quedó pasmada.

El objeto de la visita del espía se comprendía fácilmente.

—Quería copiar los planos y los cálculos —dijo.

—Ésas eran sus intenciones, pero, naturalmente, no se lo vamos a permitir —manifestó Dungerth con cara ceñuda.

* * *

Lex Howard llegó a su casa en un estado de ánimo imposible de describir.

El primer intento había fracasado miserablemente. Se preguntó qué podría hacer para entrar de nuevo en la propiedad de Oghrin.

Howard no acababa de comprender por qué estaba el policía en el sitio por donde él pensaba entrar aquella noche. Aunque bien mirado, se dijo, éste era un detalle sin importancia.

Lo más importante es que ahora estaban advertidos y que una segunda intentona estaba condenada de antemano al fracaso. A Howard, más que el dinero que podía perder, y era mucho, le dolía el fracaso.

Si no conseguía sus propósitos, podría decirse que sería su primera derrota.

¿Iba a consentir que un policía de tres al cuarto le venciese?

Se sirvió una copa y la despachó de un trago. La segunda copa fue consumida con mayor parsimonia.

De pronto, una sonrisa apareció en sus delgados labios.

— Sí, hay un medio para conseguir información —dijo a media voz—Y esta vez no fallaré.

Vació la segunda copa. Ahora se sentía muchísimo mejor.

Se fue a la cama tranquilamente. El triunfo suyo sería la derrota de Dungerth. Y no tardaría mucho en llegar.

CAPÍTULO VIII

La planta tenía ya una altura de dieciséis milímetros.

De haber sido vista, se habría apreciado claramente la bifurcación de sus «dedos», cuyos movimientos tenían oscilaciones de ritmo irregular. Tan pronto parecían quietos como se agitaban con singular rapidez, vibrando casi como las alas de un moscardón en pleno vuelo.

Pero estaba en un rincón, en el suelo de la cabina, y nadie la vio.

* * *

Las últimas conexiones quedaron hechas.

David Salmton dejó escapar un suspiro de alivio.

— Ya está —dijo.

Dungerth contempló la obra con mirada aprobatoria.

—David —dijo campanudamente—, tu nombre figurará en lo sucesivo en los libros de la historia como el del hombre que hizo posible los sueños del profesor Oghrin.

—No digas tonterías —rezongó Salmton—. Esto lo habría podido hacer cualquiera. Tú mismo, incluso.

—Sí, pero lo has hecho tú y me siento mucho más tranquilo. ¿No es cierto, Pat?

La muchacha estaba al lado y asintió.

— Así es, Kyr —confirmó. Y añadió—: Voy a avisar al profesor; está en casa y...

El teléfono sonó de pronto. Pat se separó de los dos hombres para atenderlo.

—Habla el profesor —oyó al otro lado de la línea.

—Soy Pat —dijo ella—. Profesor, todo está listo...

—Temo que la prueba habrá de retrasarse un poco —manifestó Oghrin—. Debo salir, Pat.

—¿Ocurre algo? —quiso saber la muchacha.

—Acabo de recibir una invitación de la Asociación Internacional de Física. Envían un vehículo para buscarme. Me piden que les dé una conferencia.

—¡Oh! —dijo Pat—. ¿Ya está preparado?

Oghrin soltó una risita.

—Querida, para hablar de mi invento estoy preparado siempre —respondió—. No toquen nada hasta mi vuelta; estaré en casa para la hora de la cena.

—Muy bien, profesor.

Pat colgó y se volvió hacia los dos hombres.

—El profesor va a salir ahora —anunció—. Volverá a la hora de

la cena. Entonces haremos la prueba.

—Es una lástima —suspiró Dungerth—. Yo tengo que irme; no podré esperar tanto.

—¿Qué sabes del espía? —preguntó Salmton.

—Lo vigilan continuamente —respondió la joven—. Hasta la vista, Pat.

—Venga cuando quiera —invitó la muchacha.

Treinta minutos más tarde, se detuvo un monorrueda ante la casa del profesor. Un sujeto alto, de pelo blanquecino y bigote frondoso, algo más oscuro, se apeó del vehículo y llamó a la puerta.

Polly atendió la llamada.

—Vengo a buscar al profesor Oghrin para conducirle a la sede de la Asociación Internacional de Físicos —manifestó Howard.

—Estoy listo —declaró el aludido, apareciendo por el otro extremo del vestíbulo.

Oghrin salió de la casa. Howard mantuvo la puerta abierta, con gesto lleno de respeto, y la cerró cuando se hubo acomodado en el asiento posterior.

Entonces Howard ocupó el puesto del conductor y puso el monorrueda en marcha. Cinco minutos después, pulsó un botón y un cristal ascendió silenciosamente, separando los dos departamentos.

Enfrascado en sus reflexiones, Oghrin no se apercibió del hecho. Además el cristal poseía una transparencia perfecta.

Un olor dulzón se expandió inmediatamente por el departamento. Oghrin aspiró unas cuantas bocanadas de gas narcótico y, doblando la cabeza a un lado, se quedó dormido casi instantáneamente.

Aquella noche, el profesor no regresó a su casa para cenar.

* * *

Eran las nueve y media de la noche.

Pat empezó a sentirse nerviosa por la tardanza del profesor.

—¿Le habrá ocurrido algo? —murmuró—. Tendría que estar aquí desde las siete...

Dungerth frunció el ceño.

—¿Adonde dijo que iba? —preguntó.

—A la Asociación Internacional de Físicos, Kyr.

Dungerth se levantó del diván y se acercó a la mesita donde estaba el visófono. Consultó la guía y torció el gesto.

—¡Hum! —dijo a poco.

—¿Qué pasa? —preguntó Pat, sintiendo que su alarma subía de punto.

—No veo aquí ninguna Asociación Internacional de Físicos, Pat —declaró el joven—. ¿Está segura de que el profesor citó esa sociedad?

—Por completo, Kyr, no hay error posible.

—No, usted no está equivocada. El que se ha equivocado ha sido el profesor al dar como buena la existencia de esa Asociación.

Salmton frunció el ceño.

—Kyr, dinos claramente lo que estás pensando —pidió.

Dungerth se volvió hacia ellos.

—Estoy pensando en un secuestro —contestó.

Pat dejó escapar un gemido.

—¿Howard? — apuntó Salmton.

—¿Quién, si no? —gruñó Dungerth. Marcó un número y esperó unos momentos. No tardó en tener delante de sí, en la pantalla, la imagen de su superior—. Jefe, ¿cómo sigue la vigilancia de Howard?

—Bien; está en su casa. Le hemos seguido los pasos todo el día, pero no ha hecho nada de particular.

—¿Seguro, jefe?

—¿Por qué me pregunta eso, Dungerth? Los informes no mienten.

—No, pero el profesor falta de casa y empiezo a sospechar en un secuestro. ¡Ese condenado Howard! ¡Si le hubiésemos arrestado!

—No hubiéramos podido presentar pruebas y lo habrían soltado de inmediato, Dungerth.

El joven asintió.

—Eso sí es verdad. Gracias, jefe.

Cerró la comunicación y se volvió hacia Pat y Salmton.

—Creo que me he dejado llevar por una aprensión sin fundamento —dijo, sonriendo forzadamente.

—Pues yo no me siento tranquila en absoluto —aseguró la muchacha—. El profesor tendría que estar ya en casa.

—Tal vez algún colega distinguido le invitó a cenar en la suya — apuntó Salmton.

—En ese caso, habría avisado. Siempre lo hacía.

—Pat, tendremos que esperar —aconsejó Dungerth—. No conviene que nos dejemos llevar por los nervios. El profesor aparecerá cuando menos lo esperemos.

—Pero la Asociación que le pidió diera la conferencia no existe —exclamó Pat con acento de insistencia—. Si se tratase de una broma, ya habría vuelto a casa echando pestes contra los autores de la broma. Y, repito, de haber sido invitado, lo sabríamos ya. Nunca

dejaba de avisar en un caso semejante.

Dungerth empezó a darse cuenta de que Pat tenía razón. Su primera suposición empezaba a confirmarse.

Volvió a llamar a su jefe.

—¿Está seguro de que Howard está en su casa? —preguntó.

—Por completo. Tengo allí a Witt de «plantón» y me ha dicho que desde las cinco de la tarde no ha vuelto a salir. Ha actuado con entera normalidad, salvo que ha recibido la visita de un amigo suyo que estuvo con él cosa de media hora. Después ese amigo se marchó y ya no ha vuelto nadie más a verle.

Dungerth se mordió los labios.

—Jefe, me gustaría hablar con Witt —dijo.

—Bien, ahora mismo haré que realicen las conexiones. Su pantalla quedará en blanco; el visófono sólo captará los sonidos.

—Gracias, jefe.

Medio minuto después, el jefe dijo:

—Witt, Kyr Dungerth quiere hablarle. Dungerth, adelante.

—Gracias, señor. Witt, ¿está seguro de que Howard sigue todavía en su casa?

—Por supuesto. Puedo ver luz en la ventana de su cuarto desde el sitio donde estoy. A él le veo moverse de cuando en cuando, pero eso es todo.

—Creo que ha recibido una visita, Witt.

—Sí. Un tipo alto, delgado, de pelo blanquecino, pero no canoso, y bigote frondoso, de pelo algo más oscuro. Estuvo con él media hora y luego se marchó.

—¿Lo conocía usted, Witt?

—No, nunca lo había visto, Dungerth.

—De modo que alto y delgado, ¿eh? —murmuró el joven—. Witt, empiezo a sospechar que Howard nos ha tomado el pelo.

—¿Qué es lo que supone usted, Dungerth? —terció el jefe, que oía el diálogo a través de su línea privada.

—Sencillamente, Howard contrató a alguien para que le visitara. Una vez en casa, Howard adoptó el aspecto de su visitante y salió a la calle. El visitante, por supuesto, simula ahora ser Howard.

—¡Maldición!

—Es posible que Dungerth tenga razón, jefe —dijo Witt.

—Lo comprobaremos ahora mismo —manifestó el jefe—. Witt, ¿necesita ayuda o puede desenvolverse solo?

—No hace falta ayuda, jefe —contestó el otro agente—. Si compruebo que el tipo que hay en casa de Howard es otro, se lo llevaré a su despacho.

—Muy bien. Dungerth, le avisaré apenas tenga noticias.

El joven cerró la comunicación. Se volvió hacia Pat. Ella tenía los ojos húmedos.

—Lo han secuestrado —dijo abatidamente.

Dungerth apretó los labios.

—Lo encontraremos —aseguró.

Pero no era más que una frase hecha, destinada a dar ánimos a la muchacha. En aquel momento, ni siquiera se le ocurría dónde podía hallarse el profesor.

Transcurrieron unos minutos en medio de un agobiante silencio.

El zumbador del visófono sonó con una estridencia desusada. Pat se puso en pie de un salto.

Dungerth dio el contacto. El rostro de su superior apareció en la pantalla.

—Dungerth —dijo el jefe sombríamente—, usted tenía razón. Howard ha desaparecido. En su casa había un tipo que ha dicho llamarse Janny Crowley. Es amigo de Howard, por supuesto, aunque no cómplice de sus trapicheos. Crowley ha declarado que Howard le dio mil dólares por ocupar su puesto durante unas cuantas horas, pero jura y perjura que no sabe dónde puede hallarse. Lógico, ¿no?

—Sí —contestó Dungerth—. Crowley podrá ser amigo de Howard, pero éste es lo suficientemente astuto como para no declarar el lugar donde ha escondido al profesor.

Capítulo IX

La planta tenía ya una altura de veinticinco milímetros.

En las últimas horas, su crecimiento había tenido un ritmo anormalmente rápido. Los cinco «dedos» estaban claramente bifurcados.

La planta seguía moviéndose. Con una buena lupa y la vista fija durante unos minutos en la planta, se hubiera podido observar su proceso de crecimiento.

* * *

La puerta se abrió cautelosamente, dejando sólo el hueco preciso para que pudiera pasar un hombre. Raph Kerslew entró y Howard cerró con doble vuelta de llave.

Kerslew parecía de muy mal humor.

—¿Por qué me ha hecho venir aquí? —dijo—. Ha transcurrido ya una semana desde que le hicimos el encargo y todavía no hemos tenido la menor noticia suya.

Howard sonreía.

—Por eso le he llamado —contestó—. Venga.

Kerslew caminó detrás del espía, percatándose dé que la casa era más bien modesta y que estaba amueblada someramente.

Howard abrió una puerta y la retuvo por el pomo.

—Mire —dijo.

Kerslew respingó al ver a la figura humana sentada en un sillón, en el fondo de la estancia.

— ¡Es el profesor! —exclamó.

—Exactamente —confirmó Howard, sonriendo.

—¿Cómo ha conseguido traerlo aquí? —preguntó Kerslew.

—No se interese por detalles secundarios. Lo importante es que está aquí y que podremos extraerle la información que necesitamos, pero para eso necesito de su ayuda.

Kerslew miró al espía con expresión recelosa.

—¿Qué es lo que tengo que hacer yo? —preguntó.

—Usted es diplomático —contestó Howard—. Está en condiciones de conseguir algo que yo no puedo comprar ni aun pagando una suma exorbitante.

—¿De qué se trata, Howard?

—He hablado largo y tendido con el profesor. Aparte de que no me gusta, no daría gran resultado..., me refiero a la tortura física. El profesor, como es natural, se niega a hablar. Usted puede traerme un par de dosis de «neo-scopamina-2». Esa droga libera absolutamente todas las inhibiciones, ¿comprende?

Kerslew asintió.

—Comprendo —murmuró—. ¿Cuándo?

Howard sonrió.

—Yo no tengo prisa. Son ustedes los que la tienen. Imagino que les conviene tener la información con la mayor rapidez posible, ¿no es así?

—De acuerdo —contestó Kerslew—. Tendrá la droga hoy mismo.

—Y una grabadora automática con varios carretes de cinta de repuesto.

—Está bien. Volveré antes de que sea de noche. Una advertencia —dijo Kerslew.

—Diga...

—No trate de sacar copia de las declaraciones del profesor. No me gustaría que luego las vendiese a... otras personas.

—¿Por qué no se queda conmigo y así podrá comprobarlo por sí mismo? —sugirió Howard.

Kerslew vaciló un momento.

— Está bien. Me quedaré —contestó al cabo—. Vigile a Oghrin.

—Eso es lo que estoy haciendo desde que lo traje aquí —rió Howard.

—¿No le ha visto nadie? —preguntó Kerslew aprensivamente.

—Si me hubieran visto, yo ya estaría en la cárcel.

—Es cierto. Bien, hasta la noche, Howard.

—Hasta la noche.

* * *

Dungerth cerró el visófono y se volvió hacia Pat.

—Sin noticias —dijo.

—Ese tal Howard es un tipo muy astuto —comentó Salmton—. No acabo de entender cómo ha hecho desaparecer al profesor sin que nadie haya podido verle.

Pat se retorció las manos.

—Kyr, ¿acaso vamos a tener que permanecer aquí inactivos, sin hacer nada absolutamente que no sea esperar?

Dungerth se acercó a la joven y le puso una mano en el hombro.

—No podemos hacer otra cosa —dijo—. Además Howard, estoy seguro de ello, no hará al profesor el menor daño.

—Le torturará para arrancarle información.

—Quizá sí y quizá no.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Pues es muy probable que le facilite alguna droga para hacerle hablar. Eso no hace daño, Pat.

La muchacha reflexionó unos momentos.

—En ese caso, Howard pierde el tiempo —dijo.
—¿Cómo? —preguntó Salmton.
—La memoria del profesor es más bien deficiente. Tiene que anotarse casi todo. Si ahora hubiese de reproducir la máquina, tendría que hacerlo guiándose por sus apuntes. Simplemente, si la máquina y los apuntes desapareciesen, no podría construir otra de memoria.
—Vaya, en medio de todo, eso no deja de ser una buena noticia —dijo Dungerth sonriendo—. Tendremos que prepararnos.
—¿Para qué? —preguntó Pat.
—Para recibir la visita de algún emisario de Howard, que vendrá a imponernos sus condiciones. Si el profesor no puede hablar todo lo que sabe, si no puede declarar sin sus apuntes a mano, Howard tendrá que hacer algo para venir aquí y copiarlos… o copiar la máquina… y seguramente nos amenazará de una forma u otra.
—Esa amenaza ¿incluirá daño para el profesor? —preguntó Pat.
—Es posible, pero cederemos.
—¡No! —gritó la muchacha.
Dungerth sonrió.
—Cederemos, pero sólo en apariencia. Al emisario le diremos que sí y luego… Bueno, cuando venga, según quién sea y su mensaje, así actuaremos nosotros. De momento, voy a prepararlo todo para que no nos encuentren desprevenidos por segunda vez.
Dungerth se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió y dijo:
—David, quédate con Pat cuidando de todo. Si el emisario viniese durante mi ausencia, procurad entretenerle todo lo que puedas hasta mi regreso.
—De acuerdo. Vete tranquilo, Kyr.

* * *

La planta tenía ya una altura de cuatro centímetros. Sus cinco dedos se habían convertido en diez y empezaban a bifurcarse de nuevo. Al mismo tiempo, su tallo había engrosado notablemente y las raicillas se habían extendido cosa de un centímetro y medio de promedio.
Seguía moviéndose.
Furioso, Howard tiró el magnetófono al suelo y le arreó una patada que lo envió al otro lado de la habitación.
—Con esto no había contado yo —gruñó.
Kerslew estaba decepcionado.
—Creo que no hice buen negocio al tratar con usted —dijo.
—Estoy haciendo todo lo que puedo —contestó Howard de mal talante—. ¿Qué culpa tengo yo si este idiota no puede reproducir su

máquina sin la ayuda de sus apuntes?

El profesor permanecía sentado en su sillón, con la mirada ausente, ajena a cuanto le rodeaba. Las inyecciones de «neo-scopolamina-2» habían dado buen resultado, pero no se podía forzar a un cerebro a que su dueño reprodujese verbalmente lo que no había quedado almacenado en el sector de la memoria.

—Temo que habremos de obrar de un modo más directo —dijo Howard.

—¿Cómo? —preguntó Kerslew.

—Muy sencillo. Enviar un emisario a la ayudante del profesor.

Kerslew consideró la sugerencia.

—Muy bien —aceptó al cabo—. Yo me encargaré de ello. Usted siga aquí al cuidado del profesor.

—Entendido —contestó el espía.

Kerslew abandonó la casa. Q. Yorren, se dijo, sería el hombre ideal para llevar el mensaje.

* * *

Dungerth no había vuelto todavía. Por eso, cuando sonó el timbre del teléfono interno, Pat se abalanzó sobre el aparato.

Estaba con Salmton en el observatorio, adonde habían ido para repasar una vez más las conexiones. Con gran desilusión, se dio cuenta de que Polly le avisaba de la visita de un tal Q. Yorren, quien tenía que darle un mensaje urgente.

— Yorren —repitió la muchacha—. Sí, dígale que venga.

Se acordaba de que Yorren había visitado al profesor semanas atrás, para tratar de contratarle durante un año en su país. Después de lo ocurrido, ya no tenía la menor duda de que Yorren estaba relacionado con el secuestro.

Salmton aguardaba a un lado.

—Parece que vamos a tener un emisario de los raptores del profesor —dijo la muchacha.

—¿Quiere que me encargue de él, Pat?

—Desde luego. Cuando venga, le dejaremos que hable. Después...

Salmton aprobó en el acto el plan de Pat. Instantes después, llamaban a la puerta.

Pat abrió. La menuda figura de Q. Yorren se recortó en el umbral.

—¿Tengo el honor de hablar con la señorita Banes? —preguntó cortésmente.

—La misma. Pase usted, señor Yorren, haga el favor.

—Encantado.

Pat caminó delante del sujeto hasta llegar al observatorio. Una vez allí, se volvió y dijo:

—Le escucho, señor Yorren. ¿Cuál es la proposición que tiene que hacerme?

Q. Yorren escrutó durante unos instantes el rostro de la joven.

—Es usted terriblemente directa, señorita Banes —sonrió—. ¿Cómo sabe que tengo que hacerle una proposición?

—Usted estuvo a visitar al profesor hace tiempo…, pero ¿a qué seguir hablando? Demasiado nos entendemos sin necesidad de muchas palabras, señor Yorren. ¿Dónde está el profesor?

Q. Yorren suspiró.

—Señorita Banes —contestó—, mucho me temo que las condiciones no le resulten todo lo agradables que desearía, pero tenga en cuenta que soy un simple mensajero. El encargo que traigo es de que dejen el observatorio completamente despejado dentro de una hora y que se ausenten cuantos están aquí, durante tres días al menos. Naturalmente, durante esa ausencia, habrán de guardar un absoluto silencio acerca del profesor… o el profesor morirá.

Pat sonrió burlonamente.

—¿Está seguro, señor Yorren? ¿Qué pasaría si usted, sin condición alguna por nuestra parte, nos informara del paradero actual del profesor?

—Dudo mucho que consigan una cosa semejante…

—¿Lo cree así? —sonó de pronto una voz a espaldas del hombrecillo.

Antes de que Yorren pudiera volverse, unas fuertes manos le sujetaron por los brazos. Yorren trató de debatirse, pero Salmton era muy superior a el físicamente y todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Pat se situó frente al sujeto.

—Señor Yorren, ahora mismo vamos a meterle en la cabina de teleportación de la máquina —dijo con voz firme—. Le daremos cinco minutos de plazo. Pasado ese tiempo, si no nos ha informado del paradero del profesor, le enviaremos directamente a Marte. La máquina está enfocada ya hacia dicho planeta, en la región de la Gran Syrte…, pero usted irá allí sin escafandra.

Salmton condujo a Yorren hasta la cabina, a pesar de sus desesperados esfuerzos para evitarlo. Pat se situó junto a la puerta y la abrió, en el momento en que los dos hombres llegaban al cubículo de cristal.

Inmediatamente, Salmton lanzó a Yorren al interior de la cabina y cerró la puerta de golpe. Yorren pegó con los puños en la cabina.

Gritaba, pero no se oían sus voces.

En aquel momento, tal vez por haberse renovado la atmósfera de la cabina, la planta roja empezó a crecer con una rapidez increíble.

Uno de sus tentáculos rozó el cuello de Yorren.

El hombre se volvió. Un espantoso alarido se escapó de sus labios.

Capítulo x

Kyr Dungerth volvió a la casa con un paquetito en las manos. Ante la puerta, divisó parado un monorrueda y se dijo que el mensajero de Howard había llegado ya.

Antes de entrar en la casa, abrió el paquetito y sacó de él un diminuto emisor que situó en un lugar discreto del vehículo. Cuando el mensajero se marchase, podrían seguirle a cualquier parte del mundo, guiado por las señales emitidas por el transmisor.

Luego entró en la casa. Polly le dijo:

—Hay un tal Q. Yorren. Está en el observatorio.

—Gracias, Polly.

Dungerth cruzó la casa y el jardín. Llegó al observatorio y abrió la puerta.

En aquel preciso instante, la planta empezaba a crecer y uno de sus tentáculos tocaba el cuello de Yorren.

—¡Pat! —gritó el joven—. ¿Qué habéis hecho con este hombre?

La joven se volvió. Estaba palidísima.

Salmton señaló con la mano hacia la cabina.

—Es…taba… dentro… —tartamudeó.

Dungerth lanzó a un lado lo que llevaba en las manos y se precipitó hacia la cabina. Abrió la puerta, metió la mano, agarró a Yorren por un brazo y tiró de él con fuerza, arrojándolo lejos de la jaula de cristal.

La planta creció más. Sus ramas se agitaron ominosamente, amenazando con salir al exterior. Dungerth pegó una patada a la puerta y la cerró de golpe.

Caído en el suelo, Yorren lloraba de pánico.

Dungerth contempló con expresión absorta los movimientos de la planta, que alcanzaba ahora la altura de un hombre. El tronco tenía un grosor de diez centímetros y sus raíces alcanzaban casi un metro.

Los cinco «dedos» primitivos habían continuado bifurcándose. Ahora eran más de cincuenta, lisos, cilíndricos, sin irregularidades ni protuberancias a lo largo de su brillante superficie roja.

—¡Dios santo! —exclamó Dungerth, atónito—. ¿Qué es esto?

—No lo sé —contestó Pat, algo más repuesta—. Estaba adentro… y cuando metimos a Yorren, creció repentinamente.

—¿Por qué metieron a Yorren en la cabina? —preguntó el joven.

—Queríamos pegarle un buen susto y que nos dijera dónde está el profesor —contestó Salmton—. Le amenazamos con enviarle a

Marte..., aunque, por supuesto, no pensábamos cumplir la amenaza.

Dungerth volvió la vista hacia Yorren. El hombrecillo no se había recobrado aún del miedo pasado.

—Pat —dijo Dungerth—, el profesor hizo una prueba, ¿verdad?

—Sí, pero fracasó...

—No, no fracasó —exclamó él—. La prueba dio resultado y esa planta que se ve ahí es la confirmación de que la máquina funcionó correctamente. Lo más probable es que haya estado en la cabina, creciendo muy lentamente, hasta que las condiciones ambientales le fueron más favorables. Entonces creció de repente.

—¿Es una planta o un ser viviente? —dijo Salmton—. Fíjate cómo se mueve, Kyr.

—¡Y sigue creciendo! —exclamó Pat, aterrada—. A este paso, llenará la cabina por completo dentro de unas horas.

—Tendríamos que llamar a un buen botánico... —sugirió Salmton.

—No —contestó Dungerth—. Esa planta es capaz de reproducirse en cantidades ilimitadas y provocar algún desastre. Desconocemos cuanto se refiere a ella y no podemos correr riesgos. Puesto que la máquina funciona, lo mejor será devolverla a su mundo de origen.

Se volvió hacia Pat. Ella hizo un gesto afirmativo.

—Guardo anotados los datos de la «llamada» que hizo el profesor —dijo.

—¿Puedes hacer funcionar la máquina? —preguntó él, tuteándola inconscientemente.

—Desde luego.

De pronto, Salmton lanzó un grito.

—¡Eh! ¡Yorren se ha escapado!

Dungerth se volvió en redondo. Salmton quiso lanzarse hacia la puerta, pero el joven cortó su gesto.

—Déjalo. Nos conviene que huya. En realidad, era eso lo que pretendíamos. Ahora podemos seguirle incluso al fin del mundo..., pero hay otros colegas que se encargarán de esa parte del asunto.

Dungerth se acercó al visófono y avisó a su jefe.

Al terminar de hablar, se encaró con Pat y Salmton.

—Ahora podemos trabajar tranquilamente —dijo—. No acabará el día sin que el profesor haya sido rescatado.

Se acercó a la cabina y contempló los movimientos de la planta, que ya ocupaba casi por completo el ámbito de la jaula de cristal.

—Pat, deshagámonos de este ser cuanto antes —dijo—. Me gustaría estudiar detenidamente sus características, pero temo que

resultaría demasiado peligroso. La política del avestruz nunca es buena; sin embargo, hay ocasiones en que uno se ve forzado a adoptarla. Lo que interesa es saber que la máquina funciona.

La joven y Salmton se mostraron de acuerdo con él. Pat se sentó ante la consola de mando y empezó a preparar todo para devolver la planta a su mundo de origen.

La planta ocupaba ya casi todo el espacio de la cabina. Resultaba hermosa y repulsiva a un tiempo. Dungerth se preguntó si transformaría directamente el oxígeno y el nitrógeno de la atmósfera en alimentos.

—Estoy dispuesta —dijo Pat, al cabo de unos momentos.

—Entonces ¡adelante! —exclamó Dungerth.

Pat presionó una tecla.

Durante algunos segundos, pareció que no iba a suceder nada. Luego, de pronto, la planta empezó a disminuir de tamaño, con una rapidez vertiginosa. Parecía un truco cinematográfico.

Unos segundos después, la cabina estaba vacía.

Dungerth se acercó a la jaula de vidrio.

—La planta estuvo ahí durante muchos días —dijo—. Es evidente que el confinamiento retardaba su crecimiento, el que se produjo de manera súbita cuando David abrió la puerta para meter a Yorren en el interior. Si sólo ha disminuido de tamaño y no se ha vuelto por donde vino, ahora es el momento de comprobarlo.

Y con gesto resuelto, abrió la puerta de golpe.

No ocurrió nada.

Salmton lanzó un suspiro de alivio.

— ¡Se fue!

—Menos mal —sonrió Dungerth, mientras cerraba de nuevo—. Pat, ahora es el momento de que nos preocupemos del profesor.

—¿Qué es lo que debemos hacer? —preguntó ella.

Dungerth se acercó al visófono.

—Lo primero, recabar informes —contestó.

* * *

Una campana empezó a tañer rítmica y suavemente en un lado de la habitación.

Howard se volvió hacia la cajita que había sobre una mesa. Parecía un receptor de radio, con una antena helicoidal que surgía de uno de sus ángulos.

—¡Viene alguien! —exclamó.

—Naturalmente —dijo Kerslew—. Es Yorren, con la respuesta.

Howard se dirigió hacia la puerta.

—Puede que sea Yorren, pero a mí no me pescarán aquí —dijo

—. Le aconsejo que se largue, Kerslew.

—Pero ¿qué diablos pasa? —preguntó el individuo, extrañado por la actitud de Howard.

—Pasa que ese aparato es un detector de transmisores —contestó el espía—. Lo instalé, para captar las señales de aproximación de alguien sospechoso. Un informador policial, por ejemplo, apostado en las cercanías de esta casa, cuando comunicase con sus superiores, sería delatado en el acto por mi detector.

—¿Y…?

—Sencillamente, alguien ha colocado en el monorrueda de Q. Yorren un emisor de señales y le están siguiendo. ¡Ahí se queda el profesor y buen provecho le haga!

Kerslew se puso furioso.

—¡Pero usted me prometió entregarme su invento! —gritó.

—Lo siento. El ser humano no es infalible siempre —contestó Howard.

—No, no es infalible ni inmortal —dijo Kerslew.

Howard empezó a volverse. Cuando lo hizo, vio que Kerslew le apuntaba con una pistola desintegradora.

El grito de pavor que empezó a lanzar quedó cortado bruscamente por la descarga que le convirtió en humo en fracciones de segundo.

Q. Yorren entró en la habitación a los pocos momentos.

—¡Estoy aterrado! —exclamó—. ¡He visto…!

—¡Cállese! —ordenó Kerslew imperativamente—. ¡Le están siguiendo!

—¡Pero si nadie…!

—Escuche, usted tiene montado en su monorrueda un emisor de señales. La policía le sigue y estará aquí antes de cinco minutos.

—Entonces tenemos que huir…

—No, en absoluto. Nos quedaremos —resolvió Kerslew.

—Pero…

—Somos diplomáticos. Declararemos que hemos encontrado al profesor. Sospechan que hemos intervenido en su secuestro, pero… ¿pueden probarlo? Todo lo contrario: se verán obligados a felicitarnos.

Yorren le miró atónito.

—Es una buena idea —aprobó.

—¡Magnífica! —sonrió Kerslew, complacido de sí mismo.

—Pero el profesor dirá…

—Él no se acordará de mí. Siempre que me vio estaba bajo el influjo de la droga o en una habitación distinta. Repito; la policía

tendrá que aceptar mis declaraciones, que usted corroborará en todos sus extremos.

—Sí, señor.

—Y ello nos permitirá, dentro de unos días, hacer por nosotros mismos lo que nunca debimos haber encargado a Howard.

—¿Cómo lo haremos, señor?

— Tengo un plan..., pero no es aún más que un esquema. Debo perfilarlo y hacer de modo que no pueda fallar. Cuando lo tenga todo listo, ya se lo explicaré.

—Muy bien. ¿Qué ha sido de Howard?

Kerslew sonrió cínicamente.

—Se ha volatilizado —contestó.

Q. Yorren entendió en el acto el sentido de la respuesta. Sonrió también.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Ahí está la policía. Vaya a abrir y deje que yo hable —ordenó Kerslew.

—Bien, señor —obedeció el hombrecillo.

El jefe en persona llegó, acompañado de dos agentes.

—Busco al profesor Oghrin —manifestó.

Kerslew extendió una mano.

—Está en la habitación contigua —dijo—. Precisamente ahora, nos disponíamos a llamarles para comunicarles que habíamos encontrado al profesor. A propósito, soy Raph Kerslew, de la embajada de...

El jefe miró a Kerslew con aire suspicaz.

—¿Ustedes lo han encontrado? —preguntó.

— En efecto —respondió el diplomático—. Hace ya algún tiempo que habíamos entablado relaciones científicas con el profesor y nos extrañó su desaparición. Por fortuna, nuestras pesquisas tuvieron éxito.

—Pero...

—El profesor está sano y salvo, aunque todavía aturdido por las drogas que le propinaron sus secuestradores —dijo Kerslew—. No obstante, opino que con el adecuado tratamiento, podrá restablecerse muy pronto. Si desea algo de nosotros, nos encontrará en la embajada. Buenos días, caballeros.

El jefe dejó ir a Kerslew y a Q. Yorren. Estaba seguro de que le habían gastado una jugarreta, pero detener sin pruebas a unos diplomáticos podía costarle caro y lo sabía.

A fin de cuentas, lo más importante, encontrar al profesor, había sido conseguido.

Más adelante, se dijo, sería cosa de proponer la expulsión de aquella pareja, considerándolos «personas non gratas». Pero esto era cuestión ya del Secretario de Asuntos Exteriores, con quien tendría que tratar la cuestión.

* * *

Pat había manejado la máquina, pero era todavía inexperta. Por ello cometió un error, harto disculpable por otra parte.

La máquina seguía funcionando. En realidad, funcionaba desde el momento en que la planta fue devuelta a su planeta de origen.

Pero ahora la máquina «llamaba». Ahora no devolvía, sino que atraía.

Y alguien recogió aquella «llamada».

CAPÍTULO XI

Kyr Dungerth entró en la sala y tomó la mano que le tendía Pat.

—¿Cómo está el profesor? —preguntó.

—Durmiendo como un bendito —respondió la muchacha—. El médico que le atiende dijo que cuando despierte estará casi como nuevo.

—¿Qué hay en el «casi»? ¿Secuelas de las drogas?

Pat sonrió.

—No. El médico ha aconsejado una buena sopa y un par de filetes sangrantes. Eso terminará de curarle, Kyr.

—A curas de esas me apuntaría yo siempre —sonrió él.

—Desde luego. ¿Qué me dices de Howard?

—El jefe sospecha que Kerslew se lo sacudió de encima. Aún no ha vuelto a casa.

—¿Asesinado?

—Es lo más probable.

—Pero el cadáver...

—Con una pistola desintegradora, querida, no hay *corpus delicti*.

—¿No son armas prohibidas?

—Sí, pero ¿se le puede impedir a un diplomático que la lleve consigo? Claro que, si se sospecha que lleva una, es posible decomisarla, pero para ello es preciso usar la vía diplomática... Bueno, de todas formas, no se ha perdido gran cosa con la volatilización de Howard. No es agradable hablar así, pero es la verdad.

—Entiendo. Sin embargo, tendremos que estar prevenidos en todo momento, ¿no crees?

—Las precauciones no estarían de más —convino Dungerth.

Y en aquel momento se oyó un vozarrón no lejos de aquel lugar.

—¡Tengo hambre!

—El profesor ya está curado —dijo Pat, riendo.

Los dos jóvenes apenas si pudieron hablar con Oghrin. El interés del profesor se centraba en la comida y hasta que no dejó los platos limpios, no despegó los labios.

—Bueno —dijo Oghrin al terminar—, ya estoy listo para hablar todo lo que sea. ¿Cómo marcha mi artefacto?

—Funciona, profesor —dijo Pat con ojos brillantes.

—De modo que funciona, ¿eh? Y ¿cómo lo sabéis?

—En su primera prueba, trajo una planta misteriosa, la cual no supimos ver sino hasta muchos días después...

Pat estuvo hablando un buen rato, mientras Oghrin escuchaba

atentamente. Cuando la muchacha concluyó, Oghrin dijo:

—Me hubiera gustado ver la planta. Claro, llegó reducida a un tamaño tan diminuto, que no supimos verla. Volveré a hacer funcionar la máquina y llamaré al doctor Haller. Es un famoso botánico y buen amigo mío; él la estudiará y...

Salmton entró en aquel momento.

—¿Quién ha dejado el generador en marcha? —preguntó.

—¿Qué generador? —preguntó Oghrin.

—El de la máquina, naturalmente. ¿Cuál otro podía ser? He visto un poco de luz roja en el observatorio al venir y esa luz roja sólo puede provenir del piloto que indica que el generador está en marcha todavía.

Oghrin fijó la vista en la muchacha.

—¿Pat? —dijo.

Ella se turbó.

—Lo siento, profesor —se excusó—. Teníamos miedo de que la planta creciera demasiado y... Bueno, yo no tengo su experiencia...

Oghrin se puso en pie.

—Menos mal que la puerta de la cabina estaba cerrada y eso creó un campo aislante en el interior —dijo—. Dé otro modo, habrían ido saliendo cosas a través de la máquina sabe Dios a qué remoto planeta. ¡Vamos a parar ese trasto! Mañana haré otra prueba...

Los cuatro abandonaron el comedor y cruzaron el trozo de jardín que había ante el observatorio. Oghrin cruzó el pequeño vestíbulo y entró en el lugar donde estaba emplazada la máquina.

Pat, Dungerth y Salmton dieron dos pasos y se quedaron quietos, como clavados por los pies al suelo.

¡Había un hombre dentro de la cabina de cristal!

* * *

Era un sujeto joven, de unos treinta años de edad, no mal parecido y vestido de una forma rara y estrambótica, con un casco como de cuero muy recio, rematado por una especie de cresta dentada, de poca altura, blusa de manga corta y pantalones abombados, pero que terminaban a la altura de la rodilla.

Las piernas quedaban desnudas, salvo los pies, calzados con unas botas bajas, blandas y flexibles. En torno a su cuerpo llevaba un ancho cinturón de color rojo oscuro, sin hebilla al parecer.

No se le veían armas. Estaba furioso y golpeaba las paredes de cristal con los puños. Movía los labios continuamente, pero no se percibían los sonidos que emitían.

Durante un largo minuto, reinó un asombrado silencio bajo la

bóveda del observatorio. Pat sentía que las piernas se negaban a sostenerla.

—Esto es increíble —murmuró Dungerth, dando un paso en dirección a la cabina.

Recobrado de la sorpresa, Oghrin lanzó un aullido de alegría.

—¡Funciona, funciona!

—¿Hay una botella de licor a mano? —pidió Salmton con voz débil.

Oghrin se acercó a la puerta y puso la mano en el pomo. El extraño pareció cesar en sus gesticulaciones de cólera.

Dungerth apoyó su mano en el brazo del profesor.

—No cometa una imprudencia —aconsejó.

—¡Pero es preciso sacar a ese hombre de ahí y enterarnos de dónde viene, quién es...!

—¿Y si la estancia fuera de la cabina le resulta perniciosa? —contestó el joven.

Oghrin pareció reflexionar.

—Bueno, la atmósfera del interior es idéntica a la del exterior. Y el peligro estriba en que pueda morir por asfixia. La cabina es absolutamente estanca, muchacho.

El extraño golpeó de nuevo las paredes de la cabina. Luego hizo señas con las manos, acercándolas a la nariz y luego al pecho.

—Está notando ya la falta de oxígeno —exclamó Pat.

Aquello decidió a Oghrin. Hizo girar el pestillo y abrió la puerta.

El hombre dio dos pasos, se detuvo y se llenó los pulmones de aire con evidente placer. Luego emitió un rápido chorro de palabras que ninguno de los terrestres, por supuesto, llegó a entender.

—Este idioma es absolutamente incomprensible —gruñó Dungerth.

De pronto, el hombre metió la mano en la blusa y sacó un aparato, que colgó de su cuello por un cordón flexible, de apariencia metálica.

El aparato era una cajita negra, casi plana, de unos doce centímetros de largo por ocho de anchura. Su grosor apenas llegaba a los dos centímetros.

La voz del extraño brotó ahora por la caja.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Por qué misteriosos medios me habéis arrancado a mi mundo para traerme a éste, completamente desconocido para mí?

—¡Rayos! —juró Salmton—. ¡Usa una traductora de sonidos!

Dungerth hizo un gesto afirmativo.

—Hay traductoras de signos gráficos, que hacen

instantáneamente la versión de un escrito en un idioma a otro, pero jamás había visto una traductora de palabras.

—Y menos de un idioma extraterrestre —dijo Pat.

—Soy el profesor Oghrin —habló el sabio—. Estos son mis amigos... —dio los nombres de sus acompañantes y preguntó—: ¿Cómo te llamas tú?

—Diro. Pero aún no habéis contestado a mis preguntas...

—Diro, ¿eh? ¿Puedes decirnos de dónde vienes?

—Mi planeta se llama Assorb. ¿Y éste?

—Nosotros le llamamos Tierra. Está a ciento cincuenta millones de la estrella llamada Sol...

—Profesor —dijo Dungerth—, ¿por qué no le hace un diagrama del sistema solar? Es probable que así lo entienda mejor...

—Sí, tienes razón, muchacho. Diro, no temas nada; no pensamos hacerte el menor daño.

Diro sonrió desdeñosamente.

—No podríais, aunque quisierais —contestó—. Nuestra civilización ha alcanzado un grado del que no tenéis siquiera la menor idea.

—Pero no habéis sabido inventar la máquina de trasladar a través del espacio y casi instantáneamente —dijo Pat, picada en su amor propio.

Diro pareció desconcertarse.

Volvió la cabeza y miró en todas direcciones.

— Eso es cierto —admitió al cabo—. Tampoco vosotros sois tan atrasados como parece.

—Podríamos hacer intercambio —sugirió Salmton, con agudo sentido práctico—. Ellos no tienen nuestra máquina y nosotros no tenemos su traductora de sonidos.

—Hombre, bien mirado no es una mala idea —exclamó Oghrin.

—¿Por qué no lo discutimos en casa? —indicó Pat—. Puesto que Diro viene de otro planeta, le gustaría conocer la forma en que vivimos los terrestres.

—De acuerdo —dijo Oghrin—. Diro, ¿quieres venir con nosotros?

La ira del extraño se había calmado.

Sonrió.

—Con mucho gusto. ¿Sabéis? Ahora empiezo a darme cuenta de que, en medio de todo, me está gustando este viajecito.

Y al decir estas palabras, miraba a Pat de un modo que provocó en ella el rubor y en Dungerth, sin saber por qué, un ataque de celos que, por fortuna, no se expresó de forma ostensible.

* * *

Kerslew y Q. Yorren estaban sentados frente a frente, separados por una mesa de despacho. Kerslew tenía en las manos una cuartilla escrita.

Su cara expresaba enojo. Tenía motivos para ello.

—Me acucian para que dé cima cuanto antes a la empresa —dijo, blandiendo el papel con gesto irritado.

—Es lógico —convino Yorren—. Tienen que sentirse impacientes. El primer ministro… rival sigue sin ceder a nuestras pretensiones.

—Lo sé. Pero a ellos me gustaría ver en mi sitio. Se piensan que es la mar de fácil apoderarse no ya de una máquina como la de Oghrin, sino de sus planos y apuntes.

—Usted dijo que tenía una buena idea…, en esbozo todavía, claro —manifestó Yorren.

—Sí —contestó Kerslew—. Creo que dará resultado.

—¿Y bien?

Kerslew sonrió. Estuvo hablando unos minutos, sin que Yorren le interrumpiese una sola vez. Al terminar, Kerslew dijo:

—¿Qué le parece?

Yorren hizo un signo con la mano, cerrando en círculo dos dedos.

—¡Estupendo! —aprobó.

Kerslew se sentía satisfecho de sí mismo.

—¿Cuánto tardará en tenerlo liso, Yorren? —pregunto.

—Veinticuatro horas. Menos, imposible, desde luego.

—No importa. —Kerslew consultó su reloj—. Podemos permitirnos ese retraso y aún más. Incluso convendría que fuésemos de noche.

—¿Y si tienen vigilado el observatorio?

—A pesar de todo, entraremos.

—Muy bien —Q. Yorren se estremeció—. Todavía me acuerdo de aquella planta viviente. Creo que tendré pesadillas durante muchas noches.

—Bueno, bueno —refunfuñó Kerslew—. Aquello ya pasó. Ahora aplíquese a prepararlo todo para cuando llegue el momento adecuado. No olvide un solo detalle, ¿entendido?

—Le aseguro que no cometeré ningún error —dijo Yorren enfáticamente.

Capítulo XII

David Salmton estaba despachando un copioso desayuno cuando Dungerth entró en la casa del profesor.

—¿Dónde está Pat? —preguntó.

—Se ha ido. Con Diro —respondió Salmton con la boca llena.

Dungerth emitió un gruñido de descontento.

—Ese Diro nos ha resultado un fresco de aúpa —dijo.

—¿Tienes celos? —rió Salmton.

—¡Hombre!

—¡Bah, no hagas eso! Para Diro, a pesar de lo que pueda decir de su planeta, todo es excitantemente nuevo. Parece un chiquillo..., aunque, eso sí, con una mujer bonita a su lado.

—Al menos, se habrá cambiado de ropa —dijo Dungerth—. Con las vestimentas que lleva, provocaría alteraciones de orden público.

—La gente no se fija en la ropa, muchacho. Con tal de que vaya vestido...¿Qué sabes de los secuestradores?

—Están bajo vigilancia, pero hay que hacerlo con mucho cuidado. A fin de cuentas, son diplomáticos.

—Habrán terminado por abandonar la partida.

—No lo creo, pero... ¿Dónde está el profesor? —preguntó Dungerth.

—¿Dónde quieres que esté? En su observatorio, claro.

—Voy a ver lo que hace.

Dungerth se dirigió al observatorio. Cuando llegó, lo encontró vacío.

Miró por todas partes, lleno de aprensiones.

—¿Lo habrán secuestrado otra vez? —murmuró.

De pronto, vio una cuartilla pegada en una de las paredes de cristal de la cabina.

Acercóse allí y leyó:

Me he ido a Assorb. Hagan funcionar la máquina en sentido inverso dentro de una semana.

M. Oghrin.

Dungerth se pegó una palmada en la frente.

—Está loco de remate —exclamó.

Salmton vino en aquel momento.

—¿Eh? ¿Dónde...?

El joven le señaló la cuartilla.

—¡Mira! ¡Se ha ido!

—¡Demonios! —juró Salmton. Leyó el mensaje y soltó otra

interjección—. No se puede uno fiar de los sabios. Todos son unos chiflados.

—¿Acaso no te habría gustado a ti hacer ese viaje? —preguntó Dungerth.

—¿Yo? ¡Detesto los viajes! ¡No me muevo de la ciudad ni en vacaciones!

Dungerth sonrió al oír la pintoresca respuesta. Luego se quedó serio.

—No sabemos mucho del planeta de Diro —murmuró—. A fin de cuentas, Diro se trajo su traductora, pero él, Oghrin, ¿cómo se va a entender con los assorbianos?

—Bueno, no te preocupes; ya le facilitarán una traductora. Aquí ya no tenemos que volver sino hasta dentro de una semana. ¡Vámonos!

Dungerth se sentía renuente a abandonar el observatorio, pero la verdad era que su amigo tenía razón.

A menos que usaran la máquina teleportadora, ya no tenían nada que hacer allí.

Volvieron a la casa. El pésimo humor de Dungerth se acentuó al ver que Pat y Diro no habían vuelto todavía.

—Estarán de picos pardos, como si lo viera —refunfuñó—. ¡Hay que ver qué manera de juerguearse!

En las cuarenta y ocho horas que Diro llevaba en la Tierra no había parado en la casa del profesor sino lo justo para dormir y no demasiado.

Oghrin había querido retenerle para conocer algunos detalles de su mundo, pero el assorbiano, apenas despertaba, sentía una avidez inaudita por escapar y conocer la ciudad, en la agradable compañía de Pat.

—Bueno, son jóvenes —les disculpó Salmton.

—Sí, pero ¿de dónde saca Diro el dinero?

—Pat tiene sus ahorrillos...

Dungerth elevó sus manos al cielo.

—¡Lo que me faltaba por oír: —clamó—. Me marcho..., me marcho, porque si no acabaré cometiendo una barbaridad cuando vuelvan.

Salmton sonrió.

—Lo malo del caso es que no se sabe cuándo van a volver —contestó maliciosamente.

* * *

El timbre del visófono sonó bruscamente, arrancando a Dungerth de su sueño. Con gesto torpe, alargó la mano y dio el

contacto.

—Habla Kyr Dungerth —dijo.

—¿De la Policía Científica? —sonó una voz masculina.

—Sí, por supuesto. ¿Quién es usted?

—Myrgren, de la Comisaría Octava. Señor Dungerth, tengo aquí a dos personas arrestadas por embriaguez y escándalo, además de daños y falta de pago de consumiciones. No tienen dinero para responder y han citado su nombre como garantía. ¿Puede usted venir a la comisaría o rechaza esa petición de aval?

Dungerth se sentó en el lecho.

—Supongo que una de esas personas es una chica llamada Pat Banes —dijo.

—Sí, en efecto. El otro es un tipo que dice ser no sé de qué planeta y se llama Diro, sin más. Me parece, señor Dungerth, que a este Diro se le ha ido la mano en el alcohol…

—No me extrañaría en absoluto, colega. Está bien; ahora mismo me visto. Llegaré a la comisaría lo antes posible.

—Muchas gracias, señor Dungerth.

El joven se tiró de la cama mascullando mil maldiciones. Se lavó un poco, se vistió y unos minutos después estaba en camino de la comisaría.

Pat estaba desgreñada y tenía el vestido rasgado por un par de sitios. En cuanto a Diro, tenía un ojo a la funerala, un pómulo hinchado y la mandíbula amoratada.

—¡Les digo que no tienen derecho a detenerme! —gritaba el assorbiano—. Yo no he nacido en este planeta…

El sargento Myrgren le oía como quien oye llover. Ciertamente, de no haber contado con el aval de un oficial de la Policía Científica, su actitud con el assorbiano habría sido muy otra.

Cuando Dungerth entró en el local, Pat se puso en pie, colorada hasta la raíz del cabello. Diro le vio y se dirigió a él, increpándole a grandes voces.

—¿Ésta es la hospitalidad que dan en su planeta a los extraños? He sido insultado, golpeado, vejado…

—¡Cállese! —dijo Dungerth en tal tono, que el assorbiano retrocedió a su pesar. Luego miró a la muchacha—. Pat me avergüenzo de ti.

—Kyr, si me dejases hablar…

—Luego —la atajó él brevemente. Se acercó a la mesa del sargento—. ¿Qué cargos hay contra esta pareja?

Myrgren le entregó una hoja de papel, que el joven leyó rápidamente.

—Puede asegurar a los perjudicados que todos los daños les serán abonados puntualmente —dijo, una vez terminada la lectura —. ¿Hay que pagar ahora alguna multa?

—Cien dólares. Y ello sin perjuicio de asistir pasado mañana al juicio donde se impondrá una sanción definitiva —contestó Myrgren.

—Entendido —Dungerth sacó un talonario de cheques—. Yo respondo por los dos. A disgusto —dijo, mirando a Pat de reojo—, pero no respondo.

—Entonces no hay más que hablar —manifestó el policía, tomando el cheque—. Lléveselos... y que encierren al marciano en un manicomio.

—¡Assorbiano! —gritó Diro con orgullo—. ¡Terrestre indecent...!

Dungerth le empujó violentamente hacia la puerta, a fin de evitar un nuevo incidente. Pat les siguió cojeando.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, al observar el detalle.

—He perdido el tacón de un zapato —respondió Pat compungidamente.

Dungerth no sabía si reír o llorar. Diro continuaba vociferando improperios y terminó por cansarse de él y darle un golpe en la nuca, que lo redujo al silencio.

Arrojó a Diro como un fardo en el monorrueda. Pat se sentó a su lado.

—El vino de la cena le sentó mal —explicó—. Empezó a protestar y...

—Me figuro el resto; lo he leído en la hoja de cargos —dijo Dungerth ceñudamente—. ¿Es que ese tipo no sabe comportarse como las personas decentes? ¿Acaso se cree el vencedor en un país conquistado?

—Kyr, yo sólo trataba de hacerle agradable la estancia en la Tierra.

—¡Pues veremos quién se la hace agradable al profesor en Assorb! —exclamó Dungerth de mal talante.

Pat se sobresaltó.

—¡Kyr! ¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Simplemente, lo que has oído. El profesor se ha ido a hacer un viajecito al país de tu amigote y no volverá hasta dentro de una semana. Si le llamamos, claro.

—¡Dios mío! ¡Es espantoso!

—Puede ser espantoso, si los guardias de Assorb son menos diplomáticos que los de la Tierra. Aunque ya me imagino que el profesor tendrá la suficiente discreción para no organizar los

escándalos que ha armado tu amiguito.

— ¡Kyr, basta! —dijo ella, sulfurada—. Sé que no ha estado bien lo que ha hecho Diro, pero cualquiera diría que eres un viejo y no puedes soportar los extravíos de la juventud. Todos los demás días se ha portado muy bien; hoy se le fue la mano en el vino
y...

—De acuerdo, no te haré más reproches, pero, si Diro organiza otra fiesta semejante, no me llames para sacaros de apuros.

—Sólo te llamé porque se me había acabado el dinero y el sargento no me aceptaba un cheque, dado que no tenía una persona de cierta calidad que me avalase —contestó Pat, picada en su amor propio—. De otro modo, no se me hubiera ocurrido turbar tu sueño.

—Nada de turbar, interrumpir tajantemente. Pero no es cosa de seguir discutiendo por culpa de un cretino...

—Diro no es cretino; es un personaje muy importante en su mundo. Gobernador de una provincia o algo parecido. Y allí hay familia real y él está emparentado con una hermana de la reina o como se llame la esposa del que manda en Assorb.

Dungerth apretó los labios.

—Razón de más para portarse con arreglo a su rango y no como un minero con dinero fresco en sábado —refunfuñó.

—Kyr, veo que no nos entenderemos. ¿Qué habrías hecho tú, de hallarte en el lugar de Diro? Según he podido deducir, en su planeta viven muy reprimidos, sujetos a demasiados formulismos, y ha aprovechado la ocasión...

—Para correrse la juerga padre, ya lo sé. Está bien, dejémoslo de una vez. Acepto tus disculpas, pero procura controlarlo si sigues saliendo con él, ¿estamos?

—Si lo hubieras hecho tú... Pero me parece que le tomaste antipatía desde el primer momento...

—No me ha caído demasiado simpático, es cierto; pero yo también tenía obligaciones que cumplir. Y no iba a presentarlo a mis jefes; me habrían metido en un manicomio inmediatamente. Pat, lo mejor sería largarlo a su planeta lo antes posible.

—¿Y si cometo un error? —se estremeció ella—. Ya me pasó una vez; no me gustaría que se repitiese con Diro, aunque a la inversa.

—Pues tendrás que intentarlo, si no con Diro, con el profesor, porque, si tú no manejas el artefacto, ¿quién lo va a hacer?

Pat se quedó sumamente pensativa.

—Es cierto —murmuró al cabo de unos momentos—. De todas formas, podríamos esperar a que regresara el profesor.

—Si no hay otro remedio... —accedió él de mala gana.

La conversación languideció un tanto. A pesar de todo, Pat relató algunas anécdotas de la noche tan movida que había pasado en compañía de Diro, cosa que, finalmente, consiguió desarrugar el ceño de Dungerth.

Diro despertó cuando ya llegaban a la casa del profesor. Entre Pat y Dungerth consiguieron sacarle del monorrueda. Sosteniéndolo por ambos brazos, le condujeron hacia la casa.

Entonces Dungerth se dio cuenta de que las luces estaban encendidas de par en par, no obstante faltar todavía un par de horas para el nuevo día.

La puerta se abrió cuando Dungerth alargaba la mano para tocar el timbre. Un sujeto alto, membrudo, vestido con unas ropas que delataban su procedencia a la legua, se encaró con los recién llegados.

—Pasen —dijo—. Les estábamos aguardando.

Dungerth se quedó atónito.

—¡Cielos! ¡Otro assorbiano! —exclamó.

—Así es —confirmó el individuo, a la vez que se echaba a un lado—. Mi nombre es Granno. Por favor, tengan la bondad de pasar.

Se dirigió a Diro y le hizo una profunda reverencia.

—Señor, tengo un gran placer en saludarle y comprobar que su estado de salud es perfecto.

—Eso es porque no estás en mi pellejo, Granno —contestó Diro desmayadamente.

Capítulo XIII

Salmton y Polly estaban en el salón, ocupando un diván, mientras a pocos pasos un sujeto, de características similares a la de Granno, les apuntaba con algo que parecía una pistola de rara factura. Al ver a los recién llegados, la expresión de Salmton se animó un tanto.

—Hola, Kyr —saludó—. Ya ves...

Dungerth se volvió hacia Granno.

—¿Puede explicarnos qué significa esto? —preguntó.

—Hemos venido a rescatar a Diro —respondió el aludido—. Lamento tener que recurrir a estos procedimientos, pero, si no nos lo entregan, cierta persona a la cual conocen ustedes podría sufrir graves daños.

—¡El profesor! —dijo Pat, derrumbándose sobre un sillón.

Granno hizo un signo de asentimiento.

—Cierto —confirmó—. El profesor Oghrin, autor de esa maravillosa máquina con la cual secuestró al gobernador Diro, primo del rey. Bien, ¿qué me contestan?

—Hombre, la fuerza está de su parte —dijo Dungerth, señalando la pistola que sostenía el otro assorbiano—. Y no ha habido secuestro, sino... Pero ¿cómo diablos han venido a parar aquí? —exclamó de repente.

Salmton bajó la cabeza.

—Yo —confesó—. Me puse a probar la máquina y...

Diro buscó un sillón.

—No estoy secuestrado, Granno —declaró—. Me trajeron aquí, es cierto, pero sigo en este planeta por mi propia voluntad. ¿Crees que si quisiera volver no me habría ido ya?

—Ahora es el momento de regresar a Assorb, gobernador —dijo Granno con firmeza.

Diro hizo un movimiento negativo.

—¡Ni hablar! —exclamó—. Admito que hoy he podido portarme estúpidamente, pero yo no quiero volver a aquel cementerio de vivos. Regresa a Assorb y díselo así a mi primo rey.

Granno apretó los labios.

—Las órdenes que tengo respecto a ti son tajantes —manifestó.

—Mi primo no manda en este planeta, Granno.

Dungerth frunció el ceño. La tozudez del assorbiano ¿iba a provocar un grave conflicto?

—Te llevarás a Diro —exclamó—. Naturalmente, nos devolveréis al profesor.

—Eso se da por descontado —aceptó Granno.

—¡Un momento! ¿Es que yo no pinto nada aquí? ¿No cuenta para nada mi voluntad? —exclamó Diro irritadamente.

—Las órdenes de tu primo el rey...

—¡Un cuerno para esas órdenes! —barbotó Diro—. Me niego a cumplirlas, así de clarito.

Dungerth se pasó una mano por la cara. Ante la resolución de Diro, Granno pareció vacilar.

Dungerth intentó ensayar el método persuasivo.

—Diro, si no regresas a Assorb, el profesor puede sufrir...

—Al profesor no le harán ningún daño —le interrumpió Diro—. Sólo son amenazas...

Dungerth se arrojó sobre él, con la intención de asestarle un buen puñetazo y dejarle sin sentido, pero una fuerza irresistible, de origen desconocido, le rechazó de espaldas.

Diro se puso en pie de un salto. El assorbiano armado le apuntó con su pistola, aunque sin demasiada convicción.

Diro sonrió. Movió su mano derecha, en la que brillaba un objeto metálico del grosor de un lápiz, pero mucho más corto.

El policía empezaba a levantarse. De pronto, sintió que le acometía un sueño irresistible y se tendió en el suelo.

Antes de dormirse, vio que Pat doblaba la cabeza sobre su pecho. Los demás se durmieron también en contados segundos, sin que pudieran hacer nada para evitarlo.

* * *

Kyr Dungerth despertó y se sentó en el suelo, frotándose los ojos con las manos.

Salmton abría los ojos en aquel momento. Pat estiró los brazos y bostezó. Polly roncaba apaciblemente en su sillón.

Dungerth se dio cuenta que era de día claro. Con gran asombro, vio que Granno y su compañero estaban tendidos en el suelo, aunque empezaban a rebullir ya.

Sentíase muy débil y con una extraña sensación de vacío en el estómago. Pero como se dio cuenta de que los assorbianos empezaban a despertarse, olvidó su apetito y se arrastró por el suelo para apoderarse de la pistola.

—¿Dónde está Diro? —exclamó Pat de repente.

Dungerth hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Se habrá ido —respondió de mal talante.

—La culpa ha sido vuestra —dijo Granno—. El profesor tendrá que responder por vuestros actos.

Dungerth le apuntó con la pistola.

—Pues tú no lo pasarás mejor, si él no vuelve al término del plazo prefijado —gruñó.

Granno se encogió de hombros.

—Cuando vinimos a vuestro planeta, conocíamos el riesgo que corríamos —respondió indiferentemente.

—¡Eh! —gritó de súbito Salmton—. ¡Pero si hemos estado durmiendo dos días seguidos!

Dungerth consultó su reloj calendario y pegó un bote.

—¡Demonios! ¿Qué clase de droga usó Diro con nosotros? ¿Lo sabes tú, Granno?

—Sí, pero ¿de qué me serviría explicártelo? —contestó el assorbiano—. Ahora lo que importa es que Diro ha escapado y que habrá que buscarlo, sea como sea...

Dungerth le apuntó con el arma.

—Habrá que buscarlo, es cierto, pero tú volverás a Assorb y explicarás lo que ha sucedido. Nosotros somos inocentes de lo que le pasa a Diro y sólo queremos que el profesor Oghrin vuelva a la Tierra. En cuanto a Diro, aparecerá, tenlo por seguro.

Y, entre dientes, añadió:

—Dejará un rastro que podría seguirse con los ojos vendados y los oídos taponados. —Alzó la voz—: ¡Vamos, a la máquina! ¡Tú también! —se dirigió al otro assorbiano.

Bajo la amenaza del arma, los dos extranjeros se vieron obligados a salir de la casa y dirigirse al observatorio. Salmton, de acuerdo íntimamente con Dungerth, iba en cabeza.

Abrió la puerta y se puso a un lado, para que pudieran pasar los demás. Granno y su compañero entraron a continuación, seguidos de Dungerth y Pat.

Entonces un agudo grito se escapó de labios de la muchacha.

—¡La cabina! ¡Ha desaparecido!

Dungerth volvió la cabeza hacia el lugar señalado.

Un escalofrío de pánico recorrió su espalda.

Pat había dicho la verdad. ¡No quedaba el menor rastro de la cabina!

* * *

Durante dos días seguidos, sin tomarse apenas el menor descanso, Dungerth realizó discretas pesquisas para encontrar a Diro, pesquisas que no dieron el menor resultado.

Granno y su compañero continuaban en casa del profesor. Su arrogancia inicial se había esfumado por completo.

Desaparecida la cabina, su retorno a Assorb se hacía más que problemático. Las posibles represalias contra Oghrin no mejoraban

su situación en la Tierra.

Dungerth regresó cuando apenas faltaban cuarenta y ocho horas para que se cumpliese el plazo señalado para la vuelta del profesor.

Pat le recibió con la congoja, reflejada en su rostro.

—Le matarán pasado mañana —dijo.

Dungerth asintió.

—Es muy probable —contestó—. Si al menos tuviésemos medios de comunicarnos con Assorb...

—¿No has encontrado a Diro?

—No, ni el menor rastro. Yo confiaba en otro escándalo, pero se ve que ha aprendido bien la lección.

—Tiene que vivir. Necesita dinero. Eso le obligará a... salir a la superficie.

Dungerth la miró fijamente.

—Te he dicho que ha aprendido bien la lección, Pat. Antes de abandonar la casa, nos registró a todos y se llevó hasta el último centavo. Y mi talonario de cheques. Hay cerca de diez mil dólares en mi cuenta corriente.

—¿Crees que falsificará tu firma?

El joven rió amargamente.

—Es un chico listo —contestó—. Ha aprendido con rapidez las costumbres de la Tierra. Buenas y malas, por supuesto.

—Si averiguan que uno de sus cheques es falsificado, le meterán en la cárcel.

—Ésa es la única esperanza que nos queda. He avisado al banco para que no paguen ningún cheque sin informarme previamente..., pero Diro había sacado ya dos mil dólares. Recuerda que estuvimos dormidos cuarenta y ocho horas seguidas.

Pat asintió tristemente.

—¡Pobre profesor! —murmuró.

—Y pobres de nosotros —dijo Dungerth—. ¿Qué vamos a hacer con estos dos assorbianos, a los que no podemos devolver a su mundo de origen? ¿Tendremos que mantenerlos durante el resto de sus días? ¿Cómo justificaremos ante las autoridades su presencia en la ciudad? ¿Quién creerá que son seres llegados de otro planeta? —concluyó el joven sus lúgubres reflexiones.

* * *

El aparato, cubierto por una gran lona, estaba situado en el centro del patio del edificio de la Embajada.

Kerslew lo contemplaba embelesado. Tenía a su derecha al embajador y Q. Yorren estaba a su izquierda.

—¿Dará resultado? —preguntó Yorren aprensivamente.

—No fallará —aseguró Kerslew.

El embajador dijo:

—Recuerden lo que les puede ocurrir si fallan, tanto en un sentido como en otro.

Yorren se estremeció.

Si fallaban y conseguían escapar, el embajador emitiría un informe poco favorable de ellos, informe que surtiría efectos al regreso a su país…, regreso que se produciría ineludiblemente.

Si fallaban y no escapaban, la embajada les negaría toda protección. Habrían actuado por iniciativa propia y deberían atenerse a las consecuencias.

Pero aún había una tercera posibilidad: la del triunfo. En este caso, y Kerslew no dudaba de su victoria, les esperaban grandes honores a su vuelta.

—¿Funcionarán los sistemas de protección? —preguntó Yorren.

—Funcionarán —afirmó Kerslew—. Es lo mejor que se fabrica actualmente en nuestro país. Éste es un aparato prácticamente indetectable.

—Pero una vez que estemos fuera de él, habremos salido de su campo de protección.

—Extenderemos ese campo hasta los límites de máxima seguridad. Así quedaremos en su interior y podremos actuar tranquilamente.

—¿Cuándo piensan hacerlo? —preguntó el embajador.

—Esta noche, pasadas las doce, cuando todo el mundo esté durmiendo en la propiedad del profesor Oghrin —contestó Kerslew.

Capítulo XIV

Diro tomó entre sus manos las de la mujer y la miró al fondo de los ojos.

—¿Tú me quieres, Cynthia? —preguntó.

—Con toda el alma —contestó ella.

—¿Serías capaz de venir conmigo hasta mi país?

—Hasta el fin del mundo, Diro.

—Mi país está muy lejos, Cynthia.

—No me importa. A tu lado, me sentiré siempre feliz.

—Quizá te extrañen sus costumbres.

—El período de adaptación será breve, Diro. ¿Qué significa tu nombre?

—En vuestro lenguaje, «el que es humilde». ¿Y el tuyo, Cynthia?

—Es uno de los nombres poéticos que se usan para designar a nuestro satélite la Luna.

Diro miró a la joven y sonrió.

Cynthia era muy bonita, tenía el pelo negro y los ojos del mismo color. Su piel era asimismo oscura, aunque poseía una notable regularidad de facciones. Era alta, ancha de hombros y de talle breve, caderas sólidas y piernas largas. Una mujer atractiva y robusta, al mismo tiempo; la que necesitaba un miembro de la familia real de Assorb.

—Pensaba quedarme en vuestro planeta, pero me lo pensé mejor —dijo Diro—. Tengo que volver allí.

—Debe de ser tu obligación —dijo Cynthia.

—En cierto modo, sí. Hay un hombre que puede sufrir graves daños por mi culpa, si yo no regreso.

—Entonces no debes dudarlo. Tienes que volver.

—Contigo, Cynthia. Quiero que seas mi esposa y vivas junto a mí durante el resto de nuestros días.

—Así será, Diro.

El assorbiano soltó de pronto una ligera carcajada.

—¿De qué te ríes, Diro? —preguntó Cynthia.

—De... Bueno, el caso es que escondí la entrada a... Perdona, no te ofendas, pero no lo comprenderías ahora. Lo comprenderás mejor cuando lo tengas delante. No te enfadas, ¿verdad?

—No, Diro, no me enfado.

—Hablando con claridad, es el medio de transporte que emplearemos. Lo que pasa es que, como no pensaba volver a Assorb, lo escondí. No me costará nada ponerlo de nuevo donde estaba.

—¿Es cómodo? —preguntó Cynthia.

—Oh, sí, desde luego. No sentirás la menor fatiga por el viaje.

—Me alegro. Oye, Diro, ahora yo tendría que hacerte una pregunta.

—¡Todas las que quieras, Cynthia! —contestó el joven, exultante de alegría.

—Se refiere a... Bien, el caso es que nos hemos conocido hace dos días tan sólo. Nos hemos enamorado como si hubiesen pasado dos años.

—A mí me han parecido dos segundos —sonrió Diro.

—Por ti no me importa, pero... por lo demás... Quiero referirme al color de mi piel. ¿No será obstáculo para...?

Diro volvió a reír.

—¡ Querida! Has de saber que en mi planeta las personas con coloración oscura en la piel son una rareza..., bueno, siempre habrá algunos miles. Pero tener la piel oscura es signo de distinción. Mi primo, el rey, casó con una mujer de piel más oscura aún que la tuya y es envidiadísimo. ¡A mí también me envidiarán cuando te luzca en las grandes ceremonias de la corte!

Cynthia respiró satisfecha.

—Lo celebro infinito —dijo—. No te arrepentirás jamás de haberme tomado por esposa, Diro.

—No, no me arrepentiré nunca. Y ahora ¿por qué no iniciamos la primera etapa de nuestro viaje a Assorb? Hasta la casa del profesor Oghrin, por supuesto.

—Cuando tú digas, querido.

* * *

Kyr Dungerth tenía los nervios a flor de piel.

—¡Faltan tan sólo veinticuatro horas para que se cumpla el plazo! Todavía no hemos encontrado la cabina... y dudo mucho que la hallemos jamás.

Se paseaba por la sala como un león enjaulado. Granno y su compañero permanecían silenciosos, sentados en un diván.

Salmton estaba frente a ellos, apuntándoles con su pistola. Pat, sentada en un sillón, se mordía los labios casi continuamente.

De pronto, Salmton bajó el arma y la dejó sobre una mesa.

—¡Para qué seguir con esta comedia! —mascullό—. De todas formas, no van a poder marcharse. Se quedarán aquí para siempre... y el que los matemos no salvará la vida del profesor.

Granno se agitó inquieto.

—¿Tendremos que quedarnos aquí para siempre? —preguntó.

—Como no construyamos otra cabina para la máquina...

—Ésa sería la solución, aunque, desde luego, para el profesor llegaría tarde —terció Dungerth—. ¿Qué opinas tú, Pat?

Ella hizo un gesto negativo.

—No me atrevo —contestó.

—¿Por qué?

—¿Y si fallase?

—Nadie ha triunfado jamás en una empresa, sin correr un mínimo de riesgo, Pat —dijo el joven sentenciosamente—. Pueden hacerse pruebas con objetos, con animales..., pero tienes que poner manos a la obra inmediatamente...

Miró a los assorbianos.

—La amenaza que pesa sobre el profesor ¿es de muerte? —preguntó.

Granno vaciló en la respuesta.

—¡Contesta! —le urgió Salmton.

—Bien, yo transmití un mensaje, eso es todo —dijo Granno—. Pero no hablé para nada de muerte. Dije grave daño, si mal no recuerdo.

—Grave daño puede ser, por ejemplo, el encierro en una mazmorra —dijo Salmton mirando a Dungerth.

—Es posible que sólo lo tengan encerrado, porque, a fin de cuentas, ellos deben tener también presente la vida de ese tarambana de Diro.

Se volvió hacia la muchacha.

—Pat, no te queda otro remedio que empezar a comprar materiales y construir una nueva cabina. ¿No existen unos cuadernos de apuntes del profesor donde indican todas las operaciones que son precisas?

—Sí, desde luego. Están en una caja fuerte que hay en el observatorio.

—¿Quién guarda la llave?

—Yo tengo una, desde luego. Otra la tenía el profesor, supongo que sobre su traje.

Dungerth consultó el reloj.

—Bien, van a dar las doce de la noche. Lo mejor será que descansemos un rato. Mañana, apenas amanezca, empezaremos a trabajar. Y estos dos amigos volverán a su planeta, para que expliquen lo sucedido y se sepa que nosotros no hemos tenido la menor culpa en la desaparición de Diro.

Granno exhaló un perceptible suspiro de alivio.

—Así lo haremos saber —afirmó.

En aquel instante sonó la campanilla de la puerta.

Todos se miraron unos a otros, extrañados de una llamada tan tardía.

—¿Quién será? —preguntó Pat a media voz.

—¿Por qué no abrimos y así lo sabremos? —dijo Dungerth.

Salmton estaba casi junto a la puerta. Abrió y dos personas entraron en la sala.

Una de ellas era Diro, cuyo brazo derecho se ceñía en torno al talle de una hermosa muchacha de piel canela. Diro y Cynthia sonreían felices.

—¡Hola, amigos! —dijo Diro ebrio de alegría—. ¡Os presento a Cynthia, la nueva prima del rey de Assorb!

* * *

El aparato, de forma lenticular, volaba lentamente a pocos metros del suelo.

Sentado en la no demasiado espaciosa cabina de mandos, Kerslew y Q. Yorren contemplaban atentamente las indicaciones de los instrumentos del cuadro de mandos.

—Estamos acercándonos —dijo Kerslew de pronto.

Nervioso, Yorren se frotó la mandíbula.

—Confiemos en que no puedan vernos —murmuró.

—No, el campo antirrefracción impide la visibilidad por completo. Para los demás, no para nosotros, desde luego.

—Me pregunto por qué no habremos utilizado un aparato como éste para secuestrar al primer ministro —dijo Yorren.

—En la casa del profesor no hay elementos de detección capaces de señalar la presencia de nuestra máquina —explicó Kerslew—. Es posible que hubiésemos llegado impunemente a la residencia del primer ministro, pero siempre queda una remota posibilidad de fracaso. Ellos saben que disponemos de esta clase de aparatos. ¿Sabemos nosotros si han instalado algún sistema de detección que haga inútil nuestro campo antirrefracción?

Yorren asintió.

—Es cierto —convino—. De esta manera, con la máquina teleportadora del profesor, todo resultará más fácil.

—Y limpio, no lo olvidemos —dijo Kerslew sonriendo—. Ah, ahí está nuestro objetivo —exclamó de pronto—. Yorren, es preciso que empecemos a actuar inmediatamente.

—Muy bien, cuando usted lo disponga, señor.

Capítulo XV

Dungerth, Pat y todos los presentes, escucharon estupefactos las explicaciones de Diro, en particular, lo relativo a su fulminante matrimonio con Cynthia.

—El rey se enojará cuando sepa que te has casado sin su permiso —dijo Granno severamente.

Diro se echó a reír.

—Cuando vea a Cynthia, el enojo se le disipará en el acto. Y aunque no ocurriese así, ¿qué es lo que puede pasarme? Me destituirían de mi cargo de gobernador, simplemente. No pueden hacerme más; ni mi primo puede quebrantar las leyes actuales. Desde luego, me retiraría a la vida privada, pero ¿crees que eso me importa demasiado?

—En estos momentos, lo que importa es la vida del profesor —gruñó Dungerth.

—Está segura —afirmó Diro—. Le darán un susto, pero la cosa no pasará de ahí.

—Bien, pero, a todo esto, aún no sabemos qué has hecho con la cabina —dijo Pat.

Diro sonrió, a la vez que se tocaba el cinturón.

—Confieso que me extralimité un poco, pero no hay cuidado. La cabina está allí, aunque en otro plano dimensional y, por lo tanto, invisible.

—¿Y tú puedes hacerla visible? —preguntó la muchacha.

—Por supuesto. Invertiré de nuevo la acción del emisor de campo extradimensional y la cabina volverá a aparecer de nuevo.

—¿En perfecto estado de funcionamiento? —preguntó Salmton recelosamente.

—¿Por qué no había de funcionar bien? No se ha movido de su sitio; está allí, aunque invisible. Por lo demás, no ha habido desconexión de ninguna parte ni tampoco alteración de sus mecanismos.

—Me gustaría saber por qué lo hiciste —masculló Dungerth.

—Quería cortarme a mí mismo la retirada... —Diro miró a los assorbianos—. Y también quería prevenir una posible captura por la fuerza. Sin cabina, no les hubiera servido de nada.

—Vamos, que quemó sus naves —dijo Salmton.

—Sólo las chamuscó —dijo Pat riendo dichosa.

—¿Qué decís? —preguntó Diro, extrañado.

—Nada, era una broma. ¿Por qué no vamos al observatorio y ponemos ese trasto de nuevo en funcionamiento? —sugirió

Dungerth.

—Por mí, encantado —aceptó Diro.

—En cuanto os vean aparecer en Assorb, soltarán al profesor, y eso es lo que nos interesa. ¿Vamos? —dijo Dungerth, a la vez que rompía la marcha hacia la parte posterior del edificio.

* * *

El aparato se había detenido a seis o siete metros del suelo, quedando suspendido inmóvil en la atmósfera. Kerslew comprobó una vez más los instrumentos y, una vez seguro de que todo estaba en orden, se puso en pie y abrió la escotilla.

Q. Yorren lanzó una escala de cuerda, cuyo extremo superior quedó sujeto al suelo de la nave. Llevaba a la espalda una mochila, que contenía una serie de herramientas que estimó podían resultarle útiles en su empeño.

Kerslew descendió tras él. Momentos después, se hallaban ante la puerta del observatorio.

—No está cerrada con llave —observó Kerslew satisfecho.

Atravesó el pequeño vestíbulo y entró en el observatorio.

—Yorren, encárguese de sacar todas las fotografías que pueda —dijo—. Mientras yo buscaré los apuntes y notas del profesor.

—Está bien, señor.

Q. Yorren empezó a obtener fotografías del interior del observatorio. Las luces estaban reducidas al mínimo, pero la sensibilidad de la película era tal, que hacía innecesario el uso de *flash*.

Kerslew empezó a huronear por todas partes. Se acercó a la consola de mandos y la estudió atentamente.

—Yorren, tome un par de fotografías de la mesa de control —ordenó.

—Ahora mismo, señor.

Kerslew siguió examinando el interior del observatorio. De pronto, llegó a un sitio donde se veía una ventana, oculta por unas cortinillas rojas.

El individuo vaciló un momento. Luego, de golpe, descorrió las cortinillas.

Una exclamación de alegría se escapó de sus labios.

—Ah, no es una ventana, sino... ¡Yorren, aquí, pronto!

El hombrecillo corrió hacia su jefe y se detuvo ante la caja de caudales empotrada en el muro.

—Los apuntes y datos del profesor deben de estar guardados ahí dentro —dijo Kerslew—. ¿Podrá abrir la caja?

Yorren empezó a soltarse las correas de la mochila.

—Eso está hecho —dijo con suficiencia.

Destapó la mochila y, arrodillado en el suelo, empezó a preparar las herramientas, una de las cuales era un taladro eléctrico, provisto de una broca capaz de perforar el acero más duro. Tenía también llaves falsas, botellas con ácidos y explosivos, palancas, alicates... Para una caja fuerte como la que tenía a la vista era más que suficiente.

Preparó el taladro. De pronto, cuando ya se disponía a ponerlo en funcionamiento, se oyó un ruido en el exterior.

Sonaron voces humanas. Kerslew se puso pálido.

—¡Maldición! ¡Viene alguien!

—Tenemos que escondernos —dijo Yorren, lleno de pánico.

Soltó el taladro y echó a correr enloquecidamente.

Kerslew apenas le iba a la zaga. De pronto, Yorren chocó contra un muro invisible. Rebotó y empezó a caer de espaldas, mientras de sus labios se escapaba un agudo grito de dolor.

Kerslew tropezó con el muro una fracción de segundo más tarde. Igualmente gritó y cayó de espaldas, incapaz de comprender qué les había sucedido.

* * *

En la puerta del observatorio, Diro dijo:

—Bueno, ya tenemos la cabina en nuestra dimensión habitual.

—¿Seguro? —preguntó Dungerth desconfiadamente.

—¿Por qué no has de creer en su palabra? —le reprochó Pat.

—Es lógico que se sienta receloso —sonrió Diro—. Sin embargo, ahora mismo podrá comprobar que no le he mentido.

—Me dan ganas de comprarte un cinturón de esos y dedicarme a prestidigitador —dijo Salmton, en el momento de empujar la puerta del observatorio.

Todos cruzaron el umbral. De pronto, Pat lanzó un agudo grito.

—¡Miren!

La cabina estaba en su sitio. Dos hombres se agitaban en su interior frenéticamente, golpeando en vano con sus puños las sólidas paredes de cristal.

Ni Kerslew ni Yorren comprendían lo que había sucedido. Solamente se daban cuenta de que la inesperada aparición de aquella jaula de cristal había anulado el campo de antirrefracción generado por la máquina, haciéndolos visibles a los ojos de la gente.

—Vaya, miren quiénes están ahí —dijo Dungerth con sorna—. Esta vez les hemos pescado con las manos en la masa. Su inmunidad diplomática no les va a servir de nada.

Repentinamente, Pat dejó escapar una exclamación.

—¡La máquina está en funcionamiento!

En aquel instante, los cuerpos de Kerslew y Yorren parecieron perder consistencia. Sus contornos empezaron a esfumarse.

—¡Para la máquina! —gritó Dungerth.

Pat meneó la cabeza.

—Es imposible —dijo—. Una vez se ha iniciado el proceso de teleportación, resultaría funesto detener la acción de la máquina. Se desintegrarían, Kyr.

—Pero así irán a parar a...

—Y ¿qué importa? —exclamó Salmton crudamente—. No han hecho más que originarnos conflictos desde un principio. Y no pensaban pararse, sino que... Bueno, Kyr, tú sabes mejor que nadie lo que iban a hacer.

Dungerth asintió. En medio de todo, no era mala solución a un problema de índole internacional. Sobre todo, si se tenía en cuenta que había de por medio un asesinato.

Segundos después, los dos individuos habían desaparecido.

—Eran unos delincuentes, ¿no? —preguntó Diro.

—Algo por el estilo —contestó Dungerth.

—¿Que si eran delincuentes? ¡Mirad las herramientas que se habían traído consigo para violentar la caja fuerte del profesor! —exclamó Salmton.

—Si llegan a Assorb —dijo Diro—, nos encargaremos de ellos. Serán sometidos a reeducación y convertidos en personas decentes.

—No es mala solución, en medio de todo —admitió Dungerth, aliviado ante aquellas manifestaciones.

Pat se acercó a la máquina.

—Bien, voy a repasar las coordenadas —manifestó—. No quisiera cometer un error en el momento del lanzamiento.

Diro pasó un brazo por los hombros de Cynthia.

—Siento dejar este planeta —declaró melancólicamente—, pero, en medio de todo, me llevo algo que me recordará siempre los días maravillosos que pasé en él.

Dungerth sonrió.

—Al menos, no se sabrá que un primo del rey estuvo detenido como un delincuente vulgar —dijo.

—Fue una experiencia excitante —contestó Diro—. Ahora volveré a la rutina de siempre...

—¿Conmigo a tu lado? —preguntó Cynthia mimosamente.

Diro la miró sonriendo.

—No, contigo se acabó la rutina —murmuró.

Luego, serenamente, echó a andar hacia la cabina.

Cynthia iba a su lado. Granno y el otro assorbiano les seguían a dos pasos de distancia.

* * *

El profesor Oghrin llegó echando venablos.

—¡Podían haberme dejado allí una semana más! ¡Qué digo una semana! ¡Toda la vida! Assorb es un planeta maravilloso, con una civilización adelantadísima… Yo había hecho ya amistad con unos cuantos científicos de fama y estábamos intercambiando conocimientos, cuando…

Dungerth le atajó sus protestas.

—Profesor, nosotros no tenemos ningún inconveniente en que regrese a Assorb.

—A mí no me gustaría —se quejó Pat.

Dungerth la agarró por un brazo.

—A partir de este momento, sólo tendrás que preocuparte de tu marido —dijo.

—¡Pero si soy soltera! —protestó la joven. Dungerth la empujó hacia la salida.

—Pronto vas a dejar de serlo —anunció.

Oghrin puso las manos en las caderas.

—David, ¿ha visto usted cómo está la juventud de hoy día?

Salmton se echó a reír.

—¿Qué quiere, profesor? Siempre ha sido así… y será también en lo sucesivo. Ahora ellos no piensan más que en sí mismos y, si quiere que le diga la verdad, lo encuentro completamente lógico.

Oghrin se acercó a Salmton.

—David, ¿quiere ayudarme a volver a Assorb? —suplicó.

—¿Tan bien se está allí?

—Yo no tengo queja, a pesar de que en los primeros momentos pasé algunos apuros. Pero luego…

Salmton asintió.

—¿Qué tal son las chicas de Assorb? —preguntó—. Soy soltero y comprenderá que…

Oghrin le guiñó un ojo.

—Para un soltero, ése es uno de los aspectos más atractivos de aquel encantador planeta —contestó.

FIN

Próximo número:
RESURRECCIÓN
Lucky Marty

Era un ejército de hombres y mujeres dispuestos a adueñarse del mundo, sólo que era un ejército de cadáveres…